EMIGRANTES DE POSGUERRA

Simón José Martínez Rubio

Image not found.

Capítulo 1

Simón J. Martínez R.

EMIGRANTES DE POSGUERRA
Relato histórico novelado
"Confesiones I"

Copyright: Simón J. Martínez Rubio, 2.015

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual y futuro.

Dedicado a:
mi familia y a mis numerosos amigos
que me han animado a escribir esta obra.

OBRA COMPLETA, ANTES DE EDITAR.

Índice.

1-Trincheras o hijos.
2- La bruja de Espadañedo.
3- Sin techo.
4- Solidaridad en la desgracia.
5- Llamada de Dios.
6- Viaje secreto.
7- Comprar sin dinero.
8- El año del hambre.
9- Con el sudor de tu frente.
10- El pozo

11- Tordesillas, tierra de acogida.

.....

En el frente de Teruel nuestras victoriosas tropas siguen conquistando posiciones y rechazando los contraataques del enemigo, que al intentar recupera las sufrió enormes pérdidas.
(Del ABC: 8-1-1.938)

.....

Trincheras e hijos.

Esta historia hubiera resultado muy distinta, si su protagonista hubiera nacido en el seno de una familia ilustre; o que, en vez del sexto, le hubiera tocado otro ordinal entre los siete hijos de aquel matrimonio de labradores, vecinos de Genestacio de la Vega: una pequeña aldea de León, del partido judicial de La Bañeza y en zona nacional durante la cruel guerra civil española. Pero el azar o la providencia lo quisieron así.

- Nombre
- Camilo Martínez Gallego.
- ¿Edad?
- Treinta y dos años, señor.
- ¿Profesión?
- Labrador.
- ¿Estado civil?
- Casado.
- ¿Número de hijos?
- Cinco.
- ¿Tantos?
- Sí señor: de ocho años la mayor y mes y medio la pequeña, señor.
- Así que…, pues entonces…: usted tiene ya bastante guerra en casa. Puede retirarse.
- Gracias, señor.
- Cabo: Que comprueben el número de hijos de Camilo Martínez.
- Así se hará, señor.
- El siguiente. -continuó el sargento reclutador, que había llegado para movilizar nuevos efectivos.

Sí, el siguiente en una larga fila de paisanos que habían sido convocados para un futuro incierto y temido, si es que gozaban de salud y eran considerados aptos para la guerra, hasta derramar su sangre por la patria, si ello fuera preciso.

Y sí que lo fue, con demasiada frecuencia.

Por eso, se convocaban periódicamente levas entre la población, ya diezmada, a medida que las tropas nacionales necesitaban más refuerzos para cubrir las bajas y ganar aquella guerra, que nadie creyó que iba a durar tanto ni ser tan cara, sobre todo en vidas humanas. Ya costaba recordar los nombres de los caídos en el frente y reclutados en levas anteriores.

- ¡Me he librado, me he librado…! -gritó alborozado nada más entrar en casa; y se fue directo a la cuna de Verónica, la levantó y la abrazó tiernamente, alzando sus ojos al cielo en agradecimiento por aquella hija: la que tuvo el acierto de llegar justo en el momento que más la necesitaba.
- Ha sido un milagro. No he dejado de rezar a la Virgen del Camino para que nos diera esta hija antes de la leva -sollozó su mujer, abrazada a ambos y agradecida también al cielo- ¿cómo nos hubiéramos podido arreglar nosotras si te llevan a la guerra? ¡Gracias, Virgen Santa!

Todos se alegraron: los hijos, más o menos conscientes de la suerte de su padre, así como vecinos, familiares y amigos, mejor sabedores de su fortuna y de lo que aquello suponía.

El pueblo entero se enteró en minutos; mientras Verónica, la causa de tanta alegría, la tan anhelada, seguía durmiendo plácidamente en su cuna, ajena a tanto alboroto.

- Otros no han tenido tanta suerte –decían unos, mientras otros nombraban a quienes habían sido movilizados, aun teniendo 4 hijos pequeños. Pero, por acuerdo tácito, nadie nombraba a los que se sabía que habían muerto en la contienda.
- Es una barbaridad. Esta guerra es inhumana –coincidían todos.
- Que Dios nos traiga pronto la paz.
- Sí, quiéralo Dios y que esto termine pronto. Parece que la república está ya acabada.

Acabada no. Todavía se luchaba en la batalla más dura y sangrienta: El frente del Ebro. Para allá iban los recién reclutados; algunos, demasiados, para no volver nunca más.

En las trincheras se luchaba más por conservar las propias vidas que por unos ideales: "por Dios y por España", que pocos compartían ni entendían.

"¡Cuánta sangre se ha llegado a derramar en nombre de un Dios que se proclama Amor y Padre de todos…!", pensaban muchos.

La lucha no se limitaba al frente de batalla. También en los pueblos se luchaba denodadamente por sobrevivir a los daños colaterales de aquella locura. En Genestacio de la Vega, todos eran labradores y tenían que trabajar sin tregua, tanto hombres como mujeres; porque tenían que soportar la confiscación de una buena parte de sus cosechas y del ganado: Lo requisaba el
Servicio de Abastos para alimentar el ejército y los civiles de las zonas devastadas, privados de todo.

Pero, evidentemente, era mucho mejor seguir luchando en el pueblo en vez de las trincheras: Valía más la pena regar con el propio sudor, por

copioso que fuera, aquellas tierras donde sabían bien lo que se hacían, antes que derramar su sangre allá lejos, en un combate del que no entendían casi nada.

El primer parto del matrimonio, formado por Camilo Martínez Gallego y Marta Rubio Asensio, había ocurrido concretamente en junio de 1.930: Una niña, a la que bautizaron con el nombre de Camila, como su padre (o Mila para la familia). La siguieron Rosalía (o Lía) en diciembre de 1.931, Victoria (o Tori) en septiembre de 1.934, Samuel (o Samu) ¡un varón al fin!, que vino al mundo en febrero de 1.937, en mitad de la guerra. Luego, justo a tiempo, llegó Verónica (o Vero), en mayo de 1.938, que resultó providencial para librar a su padre de tener que ir a luchar a las trincheras.

Tras el nacimiento de Rosalía, su madre estuvo al borde de la muerte y, según decían todos por el pueblo, la salvó la bruja de Espadañedo.

No es que tuviera ningún problema durante el parto, no. Fue después del bautizo, en que ya se sentía totalmente recuperada, cuando sobrevino la tragedia de repente.

Los inicios de la pareja habían sido difíciles; tanto, que no celebraron ninguna fiesta ni para la boda ni para el bautizo de Camila; pero, para cuando nació Rosalía, ya estaban algo mejor establecidos. Así que decidieron celebrarlo todo junto y a lo grande: Avisaron a toda la familia de una y otra parte, convocando una pequeña multitud para la ceremonia y el banquete posterior.

Marta, trabajadora incansable, se puso a trajinar desde dos días antes de la celebración y a cocinar con esmero para toda aquella gente. Fue un trabajo desmesurado para una convaleciente, por más que ella no lo creyera así. Los muchos parabienes y alabanzas que recibió, no iban a compensar en nada aquel esfuerzo, tan impropio para quien acababa de dar a luz sólo una semana antes.

La hemorragia se presentó de repente, a la mañana siguiente del festejo, y sin saber cómo atajarla. Medio mareada, se sentó a la puerta de su casa esperando a que pasara alguien para pedir ayuda. Tardó en pasar una vecina porque, a esas horas, casi todos andaban trabajando en sus tierras. Al verla, se asustó tanto que fue corriendo a buscar al médico y al cura, con la gran suerte de encontrar a ambos con rapidez.

- Es por el sobreesfuerzo que ha hecho, sin recuperarse bien del parto –le explicó el médico a su marido, que acababa de llegar corriendo del campo.
- ¿Qué se puede hacer? –suplicó Camilo.
- Hay que enfajarla bien por abajo y ponerle paños de agua bien fría sobre el vientre; y que se quede en cama lo más quieta posible. Eso debería bastar –y le puso allí mismo la primera compresa de paño y la vendó fuertemente con una larga faja de lino que aportó una vecina.

Pero, a poco más de una hora, todo aquel vendaje estaba empapado: "se iba en sangre", decían las vecinas suspirando y llorando. Volvieron a cambiarle las compresas y la faja, sin que el flujo diera signos de menguar.

- Oh, Dios mío: Virgen Santísima, ¡sálvala!, tiene dos criaturas… ¿qué

va a ser de ellas? –suspiraban junto al sacerdote que iniciaba un rosario para pedir ayuda de lo alto.

2- La bruja de Espadañedo.

Tampoco el médico sabía qué más hacer. Fue entonces cuando Vito, un primo de Camilo, le dijo muy seguro:

- Tendríamos que ir a ver a la bruja de Espadañedo –mientras, el cura seguía dirigiendo el rosario, fingiendo no haber oído nada de la propuesta que todos habían oído perfectamente.
- Eso está a unas nueve leguas… -murmuró cabizbajo, calculando el tiempo necesario.
- Hay atajos, yo los sé. Tú tienes un buen caballo que puede hacer el viaje de ida y vuelta en el día; y yo tengo otro que también puede… Te acompañaré.
- Pues vámonos ya, que aquí sólo puedo desesperarme –decidió ante al dilema de estar allí, viendo languidecer a su mujer o intentar algo, lo que fuera, por recuperarla.
- Hay que llevarle un paño manchado con su sangre para que lo vea…
- ¡Vámonos ya! –repitió y agarró uno de los paños empapados que le acababan de retirar para lavarlo.

Un cuarto de hora más tarde, galopaban los dos hacia Espadañedo, un bonito pueblo junto al lago de Sanabria, en la provincia de Zamora. Fueron alternando la marcha de sus caballos del galope al trote y al paso para no reventarlos; porque, aunque fueran animales jóvenes y acostumbrados al trabajo, eran más aptos para el arado que para la silla de montar. Y, aunque a Camilo no le importara si reventaba o no su caballo en ese momento, sabía también que tenía que conservarlo para poder volver, quizás a tiempo…: Necesitaba salvar a su mujer, a cualquier precio. Así que, forzando lo justo a sus monturas, en menos de cinco horas divisaron desde un altozano el pueblo de Espadañedo.

- Oye Camilo, me han contado que la bruja es muy borracha; si ve nuestras botas, se las va a quedar para beber.
- ¡Qué me importa a mí ahora si se bebe mi vino o no!
- Nada hombre, claro. Pero necesitamos bebida para la vuelta. Así que déjame tu bota, que guardaré las dos entre esos zarzales.
- Toma. Haz lo que quieras; pero yo sigo sin parar.

Vito le alcanzó y entraron juntos al pueblo. Sólo tuvieron que preguntar por la bruja a la primera persona que encontraron, una muchacha que regaba un campo de alfalfa, y explicarle de dónde venían y que era por un caso de vida o muerte. Ella les condujo directamente a la casa de la bruja. Además, también se hizo cargo sus caballos: les ató a una estaca, al lado de la acequia de la que regaba, para que pudieran beber y comer alfalfa libremente.

Una vez ante la bruja, Camilo le enseñó el paño ensangrentado, ya

totalmente seco. No dio ninguna explicación, a la espera de que ella preguntara; pero no lo hizo, En cuanto vio la sangre, exclamó:

- ¡Oh, pobreciña, qué malina está!; y con dos criaturas que la necesitan tanto… Qué malina está, qué malina… No sé si llegaremos a tiempo; pero sepan que los paños de agua fría que le están poniendo en la barriga la están matando. Corran lo más deprisa que puedan y que le pongan fomentos de agua caliente y que beba de una cocción de hierbas que les voy a dar.

Mientras les explicaba aquello, había desaparecido dentro de una despensa sin puerta. Allí, iba metiendo en una bolsa de tela porciones de diferentes hierbas cuyos nombres, totalmente desconocidos para los hombres, iba recitando como para recordarse ella misma: "un puñado de sanguina, un pellizco de ruda, el doble de muérdago, dos parte de ortiga blanca…" y les dio la bolsa mientras ordenaba con gesto seguro y autoritario:

- Corran, corran todo lo que puedan, porque depende de horas que se salve o que no. Hiervan estas hierbas en un pote grande lleno de agua y que beba todo lo que pueda: tres vasos grandes al día por lo menos, hasta que termine todo lo del pote. - Y que le pongan fomentos calientes en la barriga, bien calientes.

- ¿Qué le debo, señora? –preguntó Camilo, medio alelado.

- Nada: Sólo la voluntad; pero, sobre todo, corran lo que puedan… Ah, Vitorio (ése era el nombre real de Vito), que conste que el vino de las botas que has guardado entre las
zarzas no se las hubiera quedado la bruja de Espadañedo… Pero corran, corran ya.

Le dio los tres reales que llevaba encima y salieron a toda prisa. Vito, colorado como un tomate, sin rechistar ni comentar sobre cómo era que la bruja sabía su nombre y lo de las botas entre las zarzas, ni de la enfermedad de Marta, las niñas que tenía y todo lo demás…

Montaron en sus caballos gritando "gracias" a la muchacha que seguía regando la alfalfa y salieron a galope hacia Genestacio. Llegaron al anochecer cuando todas las vecinas seguían rezando, unas pidiendo por el milagro y, las más, encomendando ya su alma a Dios, porque la veían más muerta que viva.

Cambiaron inmediatamente los paños fríos por los fomentos calientes; cocieron las hierbas de la bruja y le dieron a beber el primer vaso del brebaje; y, ante los ojos pasmados de todos, el milagro se fue produciendo casi de inmediato: A la mañana siguiente, había cesado totalmente de fluir la poca sangre que le quedaba; y los ojos lánguidos de Marta volvían a dar signos de vida.

La ciencia podrá o no explicarlo algún día. Pero casos similares ocurrían a menudo por aquella época; y corrían de boca en boca hasta muy lejos, más allá de la región. Y eso que, para la piedad cristiana y la doctrina oficial de la iglesia, la práctica de la brujería, o simplemente creer en ello, era pecado mortal; y perseguido también por las autoridades, con mayor o menor celo: En la práctica, los poderes públicos tenían otras prioridades más perentorias que la de perseguir la brujería.

Eran tiempos en que los curanderos y brujas eran respetados y buscados por mucha gente, cuando escaseaban los médicos o se declaraban impotentes para curar algo. Probablemente, lo que pasaba de boca en boca, y bien amplificado, eran sólo los éxitos y no los fracasos. Pero, entre la gente sencilla, existía una fe casi sobrenatural hacia aquellos sanadores.

Sea como fuere, Marta se curó totalmente y crio sin problema cinco hijos más. A Verónica, la quinta, la buscaron con ansiedad, premura, determinación, oraciones e intención bien calculada: Librar al padre de la guerra, como así fue.

Y no era fácil, no, eso de criar tantos hijos saludables en una época en la que faltaba casi de todo. Los niños de entonces podían mamar hasta los dos años, con lo que casi siempre se veía a las madres con un bebé al pecho, mientras hacían otras tareas. Luego les tocaba educarles, corregirles cuando fuera preciso, poner paz o hacer justicia cuando se peleaban entre ellos y, sobre todo, prevenir cualquier accidente grave…

- Camiiilo, la niña, Camiloooo -chilló Marta toda espantada- la niña, la niii… -y no pudo terminar, ahogada por el llanto.

Camilo se dio cuenta de inmediato. Se tiró desde lo alto del árbol donde recogía cerezas y corrió al pozo: Allá abajo pataleaba su Lía de apenas dos años. Bajó cuan rápido pudo, agarrándose y apoyándose con sus botas entre las piedras de las paredes, y se estiró para acercarle un dedo: La niña lo agarró a él como una mordaza y ya sólo tuvo él que tirar de ella y sacarla sin daño alguno.

- ¿Cómo ha podido ocurrir una cosa así? –gritó, aunque lo adivinaba.
- Hummm –fue todo lo que Marta pudo responder, muda de espanto.
- Lía se cayó….: Iba colgada de las sayas y…, cuando mi madre dio la vuelta con el caldero…, Lía se soltó y cayó al pozo de cabeza… -Camila, su hermana mayor, lo había visto desde el pie del cerezo, ansiosa de comerse las que pudieran caer.
- Ese pozo…, maldita sea. La de veces que me lo vengo diciendo. Ahora mismo me pongo a terminar el brocal, –y lo dejó todo para ir a buscar las piedras necesarias para levantar la pared alrededor.
- Pues…, Lía y yo jugábamos a saltar por encima…, y nunca nos ha pasado nada… -añadió Camila, por si servía de excusa para su hermana menor.

Pero ni su padre ni su madre, pudieron contestar, absortos en reprocharse, cada uno a sí mismo: "¿cómo pude yo dejarla acercarse al pozo…?", mientras él, "mira que usar el pozo sin rematar..." Era inaudito para ambos.

Marta siguió muda durante tres días, por más que sus vecinas trataran de mitigar su ansiedad: "Gracias a Dios no ha pasado nada; y el pozo ya está terminado, ya no hay peligro", le decían. Camilo, por su parte, se sentía culpable por dejar el pozo casi a ras del suelo. "Siempre hay tantas cosas que hacer…", trataba de justificarse, aunque no le servía de excusa, y lo sabía.

En el momento de mayor angustia y desde lo más hondo de su alma, Marta hizo una promesa a cambio del milagro: "Salvadla

Virgen Santa e iremos las dos a hacer una novena en vuestro honor”… Una promesa así no era cosa baladí: era algo sagrado y había que cumplirla y con mucha devoción. La novena empezaba tres días más tarde en Quintana del Marco. Allí recuperó ella el habla para rezar y agradecer a la Virgen el milagro. También Camilo, por más que su fe fuera menos sólida que la de su mujer, consideró su obligación el acompañarlas. La menos fervorosa resultó ser Lía: escogía precisamente la hora del rezo para llorar a sus anchas, ante el enorme disgusto de su madre. Camilo lo interpretó a su manera y lo usó como pretexto para dejar de acompañarles. “Lía sabe que fui yo el que bajé al pozo a sacarla, no la Virgen”, dijo para su coleto; pero tampoco se atrevería a criticar a nadie: una promesa es una promesa; pero él no la había hecho, aunque se alegraba mucho de que su mujer habiera recobrado el habla para agradecer a la Virgen por la vida de su hija.

Las madres de aquellos años eran el alma de las familias: las auténticas heroínas en aquella lucha de la retaguardia. Trabajaban en el campo como cualquier hombre; pero mucho más, porque también tenían que cuidar de la casa, criar y educar a sus hijos, cocinar y hasta confeccionar la ropa que necesitaran. En los documentos oficiales, solía figurar S.L. (sus labores), como su profesión; y no eran pocas ni fáciles aquellas sus labores.

Desde niñas, aprendían a coser, bordar, zurcir, lavar y cardar la lana, hilarla, teñirla, tejerla y convertirla en calcetines, bufandas y todo tipo de prendas de abrigo. En los fríos días de invierno, cuando ya no se podía ni labrar la tierra, Marta agarraba su rueca y hacía girar el uso sin cesar, hasta convertir el copo de lana en gruesas madejas de hilo, más o menos fino, según lo que necesitara tejer. Se pasaba horas y horas junto a la lumbre, al tiempo que preparaba la comida o la cena para todos.

También cortaba y cosía la tela disponible para confeccionar la ropa que hiciera falta: desde la ropa interior, camisas y blusas, o la ropa de trabajo, o la de los domingos. Compraba la tela a un vendedor de telas de todo tipo que venía a veces con el mercado itinerante. Le pedía metros y metros de diferentes telas que calculaba que iba a necesitar a lo largo del año. Luego, cuando tenía algún resquicio de tiempo, tomaba medidas a cada uno, cortaba la tela y la cosía con extraordinaria habilidad y precisión. Marta quería a su familia bien vestida porque pensaba, y a veces decía: “Una familia bien vestida, es una nota de distinción a favor del ama de casa que la organiza”.

Camilo lo sabía bien y reconocía cuán imprescindible era su mujer, a pesar de las riñas en las que se enzarzaban a menudo. Pero él no concebía su vida sin ella al lado; haría cualquier cosa por conservarla, con ayuda de brujas como la de Espadañedo o de lo que hiciera falta, incluidas novelas a la Virgen o a cualquier santo de su devoción.

Mientras tanto, en Genestacio continuaba la guerra por la supervivencia, al igual que en el resto de poblaciones del lado nacional, escasas en brazos, diezmadas por tantos de sus jóvenes caídos o luchando en el frente.

Aquella guerra fratricida terminó finalmente el 1 de abril de 1939. Los

soldados volvían cantando y gritando "ya acabó la guerra" y lanzando sus gorras al aire al pasar por los pueblos.

Los refuerzos así incorporados al trabajo de la tierra, supuso un respiro y un sinfín de anécdotas e historias sobre cómo lo había vivido cada uno: su propia valentía, la mezquindad de sus oficiales, la maldad del enemigo y la gloria de la victoria...

3- Sin techo.

No por ello se acabaron las penurias y la escasez: aquella otra guerra seguía omnipresente en un país arruinado y dolorido, que había que reconstruir casi desde los cimientos: Se necesitaban todos los brazos disponibles.

Por si fuera poco, una nueva desgracia se cernía sobre la familia de Camilo y Marta. Era domingo, el 10 de septiembre del mismo 1.939. Las tres hijas mayores, Camila, Rosalía y Victoria, se habían subido de madrugada sobre un mismo caballo: Se fueron a la fiesta de Villamontán de la Valduerna, pueblo de su madre, y así visitar también a su abuela Valentina y a otros familiares y amigas.

A su vuelta, ya casi de noche y al pasar por Villanueva de Jamuz, pueblo de su padre, la gente murmuraba al verlas pasar:

- Pobrecinas, ya no tienen casa.
- ¡Qué va a ser de esa familia, con cinco hijos todos tan pequeños! –se lamentaban.
- Que Dios y la Virgen les ayude.

Ellas barruntaban algo malo, aun sin entender lo que decían porque sus comentarios se confundían con el ruido de los cascos del caballo al trote; tampoco querían parar ni saludar a nadie porque no querían llegar de noche.

A la entrada de Genestacio, lejos aún de lo que fuera su casa, lo entendieron inmediatamente, dolorosamente y con enorme estupor. Todo había terminado: Su casa se había derrumbado por completo, sin poder salvar prácticamente nada del voraz incendio que se extendió con inusitada rapidez. Sólo había quedado en pie la cocina, que formaba un saliente del cuerpo principal del edificio: del resto, no quedaba más que un montón indecente de rescoldos humeantes que desprendían un intenso olor y calor: era imposible acercarse a menos de diez metros.

Todos lloraban: los padres, sus niños, los parientes, amigos y vecinos, mientras Verónica enseñaba a todo el mundo las ampollas de su culito quemado, en busca de mimos y consuelo, como si ésa fuera la principal desgracia de la familia.

Fue una catástrofe contra la que nada se pudo hacer, pese al denodado esfuerzo de todo el pueblo; y de enorme dolor para la familia que se había quedado en la calle, y ya de noche. La mayor parte de la cosecha del año

estaba almacenada en el desván, en forma de manojos de lino seco, ya machacado y listo para venderlo en el mejor momento. Precisamente, habían decidido sembrar lino aquel año porque era un producto menos "requisable" por el Servicio de Abastos.

Sin embargo, todas las esperanzas puestas en la buena cosecha almacenada allá arriba era ahora la causa de su ruina.

Nadie lo hubiera podido imaginar. En la cocina, junto al arranque de la escalera, guardaban algunos enseres como ropa para la colada, aceite y sebo para los candiles y otros cachivaches para tener a mano.

Marta, había decidido subir las escaleras hasta el desván para escoger la ropa sucia que guardaba allí y que quería dejar en remojo enjabonada toda la noche para lavarla en el rio al día siguiente. Ya estaba oscureciendo y no se veía bien debajo del tejado; así que agarró un candil para alumbrarse y subió las escaleras, con Verónica en brazos, de poco más de un año, y Samuel, de algo más de dos y medio, colgado de las sayas de su madre, porque le daba miedo quedarse solo en la oscura cocina.

Mientras trasteaba allá arriba, algo se le enganchó en los bajos de las sayas que la hizo trastabillar. En su movimiento reflejo en busca de equilibrio, se derramó parte del aceite ardiendo del candil sobre un manojo de lino que rompió a arder como si de yesca se tratara. Enseguida, agarró ella el manojo y le dio la vuelta para apagarlo allí mismo, pero no lo consiguió; más bien al contrario, porque el fuego prendió en otros manojos de alrededor; así que lanzó el primero escaleras abajo tratando de evitar que se extendiera más el incendio allí arriba. Pero pronto comprendió, horrorizada, que ya no podría apagarlos ella sola y corrió escalera abajo en busca de ayuda. Al huir espantada, se resbaló en un escalón y Verónica voló de sus brazos, yendo a caer de culo encima del manojo que ardía abajo, la pobrecina.

Cuando Marta llegó y rescató a su niña, ya se estaba extendiendo también el fuego entre los otros objetos del piso de abajo, encendidos por el primer manojo ardiendo. Con el fuego ahora arriba y abajo, comprendió que todo estaba ya fuera de su control y salió a la calle gritando furiosamente:

- ¡Fuego!, ¡fuego!, ¡socorro, fuego!, ¡fueeegoooo…! ¡Ay, Dios míiio…!, ¡auxiiilioooo!, ¡fuegoooo!

Los vecinos corrieron en su ayuda y actuaron con rapidez: Hicieron una cadena humana llevando caladeros llenos de agua desde la fuente para lanzarla a las llamas. Pero había demasiado combustible almacenado debajo de unas vigas y tablas resecas por el calor del verano. Ya nada se pudo hacer.

Cuando llegó Camilo, que venía corriendo y espantado nada más ver de lejos de dónde salía la humareda, ya era demasiado tarde para hacer cualquier cosa: lo que él hubiera intentado organizar, ya se había hecho. Regresaba, cruel ironía, de cortar leña en el monte para quemar en el invierno.

Sintió cómo se le venía el mundo abajo: rabioso, abatido y sin saber qué hacer o decir. El agua de los calderos seguía llegando de mano en

mano y lanzada desde una distancia cada vez mayor, por no abrasarse; pero ya ni siquiera alcanzaba a las llamas.

Todo el esfuerzo solidario había sido inútil: el fuego contaba con todas las ventajas y había ganado la partida. El trabajo de un año entero, la cosecha con la que contaban poder vivir y pagar parte de la misma casa que todavía debían en buena parte…, todo había volado en forma de pavesas brillantes que arrastraba el viento y que miraban ahora los vecinos, llenos de inquietud, no fueran a prender en otras casas vecinas.

Por suerte se habían salvado los animales, que alguien tuvo el acierto de desatar de la cuadra y dejarlos salir espantados. Ya los buscarían y encontrarían.

Marta, hecha un mar de lágrimas y totalmente traumatizada, era incapaz de articular ni una sola palabra ni responder de modo alguno a cualquier pregunta o palabras de consuelo.

- Tanto rezar para esto…, –murmuró rabioso su marido, sabedor ya de cómo se inició el incendio.

- No tiente a Dios –le susurró el cura- Todos estáis vivos. Todo lo demás se puede arreglar.

- Ya me dirá usted cómo –y le lanzó una mirada furibunda y retadora que le cortó en seco: "mejor callar, al menos en ese momento", pensó el sacerdote.

No le dijo nada ni le recriminó nada a su mujer, tan destrozada como la vio. Se quedó largo tiempo allí ensimismado, mirando los rescoldos, mientras dejaba correr lágrimas amargas, silenciosas, rebeldes, impotentes, al tiempo que musitaba maldiciones inaudibles.

Iba valorando mentalmente la magnitud de la tragedia. Era un luchador tenaz, dispuesto a plantar cara a cualquier adversidad…, pero es que todo eso…, eso era demasiado.

Volvió el cura, ofreciendo la ayuda que hiciera falta; también el maestro y el juez de paz, dispuestos a recoger y acomodar a toda la familia el tiempo que hiciera falta. Para empezar con algo concreto, decidieron cederles unas habitaciones que había en la planta superior de la escuela. Allí podrían no sólo pasar aquella noche sino vivir allí hasta que se reconstruyera la casa con la ayuda de todo el pueblo.

- Mañana y con luz se podrá valorar todo mejor. Ahora hay que acostar a los niños y procurar descansar lo que se pueda –le sugirió en voz baja el cura, D. Antonio, casi temeroso.

- Yo ya lo tengo bien valorado –refunfuño entre dientes-; todo, lo hemos perdido todo: nuestra cosecha se ha
quemado con la casa y nuestras esperanzas; todo el esfuerzo de nuestra vida. No sé qué hacer ahora para alimentar a mi familia.

- Dios proveerá –empezó el cura, pero viró inmediatamente hacia algo más concreto- y todo el pueblo: todos trabajaremos para reconstruir la casa y que no les falte de nada, se lo puedo asegurar.

- Gracias D. Antonio, -contestó ahora sin acritud, enternecido casi, como vencido-. Pero ¿qué hemos hecho para merecer esto? ¿Por qué Dios nos ha castigado así? –volvió al tono ácido.

- Las desgracias vienen a veces también sin merecerlas. Lo importante

es que nadie haya sufrido accidentes graves. Lo demás, se puede reparar con la ayuda de todos. ¿Sabe?, también deberíamos haberle agradecido a Dios que les enviara a Verónica a tiempo para librarle de la guerra. Gracias a Dios usted está ahora aquí vivo, mientras otros, ya sabe, no han podido volver…

- Dios nos ayudará –pudo musitar ahora Marta, muda hasta ese momento.
- Sí, eso espero –contestó su marido, sin percatarse de que ella hubiera recobrado el habla, después de horas de total mutismo, justo ahora para expresar su fe en Dios y en su providencia.

4- Solidaridad en la desgracia.

Las palabras de ánimo y consuelo del sacerdote no eran vanas: Tanto las autoridades como familiares, amigos y vecinos hicieron piña para asistir a la familia deprimida, aún sin terminar de creerse todo lo que les había ocurrido, tan rápido, como en un abrir y cerrar de ojos.

Aceptaron la amable invitación del cura para cenar en su casa. El ama de llaves del sacerdote había preparado lo mejor que tenían en su despensa. El bueno de D. Antonio no sabía ya qué más decir ni a quién invocar.

Mientras tanto, entre el maestro, el juez de paz y otros vecinos ya habían buscado acomodo para los cinco hijos: Las tres mayores, en casas de vecinos; los padres, con los dos pequeños, en las tres habitaciones de la escuela.

Cuando terminaron de cenar, ya estaba todo organizado, incluidas las camas que salieron de no se sabía dónde y que se habían instalado, vestidas ya con sábanas y colchas, en la parte alta. Ahora, el matrimonio se sentía conmovido y agradecido, al tiempo que destrozado anímicamente.

- No sé cómo agradeceros todo lo que estáis haciendo por nosotros –dijo Camilo, mientras su mujer seguía como pasmada, incapaz de articular poco más que monosílabos.
- No hay nada que agradecer. Hoy por ti, mañana por mí. Es la vida. Estamos seguros de que tú hubieras hecho lo mismo –aseguró ahora el maestro.
- Sí, desde luego que sí. Pero es que me ha tocado a mi familia y os lo tengo que agradecer.
- De nada hombre, de nada. Ahora su familia le necesita más que nunca –aseguró D. Antonio-. Pero puede contar con la ayuda de todo el pueblo, ya lo sabe.
- Cuida de Marta, Camilo, –le susurró al oído el ama del cura- tu mujer está trastornada; trátala con cariño porque es la que más ha sufrido de todos.

- Sí, tienes razón.

El ofrecimiento general fue sincero, duradero y eficaz. Una vez denunciado lo ocurrido en el ayuntamiento de Quintana del Marco, se extendió la autorización para reconstruir la casa y, enseguida, se comenzó a desescombrar. Como lo más duro de las cosechas ya estaba realizado, no faltaron brazos, carros, animales y ganas de ayudar reconstruir la casa en un tiempo record.

El señor Ulpiano, que se dedicaba a la construcción, aunque sin título alguno, hizo un esquema de las mejoras que se podían hacer, aprovechando que tenían que reconstruirla enteramente. Proponía una casa algo más grande para tantos hijos, y mejor distribuida y funcional.

Es admirable lo solidaria que suele ser la gente sencilla. En este caso, fue absolutamente ejemplar y sin esperar nada a cambio; y eso en unos momentos tan difíciles, en que todos tenían sus propios problemas y penurias que afrontar.

Los materiales que hubo que comprar se los fiaron, sin interés alguno ni fechas cerradas de pago. Lo mismo hizo la tienda de ultramarinos del pueblo que les daba lo que necesitaban, limitándose a apuntar los importes de lo que se llevaban, hasta cuando pudieran empezarlo a pagar.

Para no acumular deudas, intentaron vivir con sólo las cartillas de racionamiento, más las hortalizas del huerto que tenían y las gallinas que pudieron recuperar. Por ejemplo, en vez de azúcar, escaso y muy caro si se compraba de estraperlo, se acostumbraron a utilizar sacarina porque era barata y sin restricciones; y muchas otras cosas así, más la generosidad de alguna vecina a la que, casualmente, le sobraba algún conejo o pollo de vez en cuando.

Hasta entonces, habían utilizado las cartillas más bien para complementar lo que no conseguían del huerto, del corral y la matanza. Ahora, una de las hijas se encargaba de hacer la cola para sacar de la tienda todo lo que les asignaban sus cartillas de racionamiento: Era manifiestamente insuficiente; y menos para trabajadores del campo que gastaban muchas energías.

Aun así, los labradores eran más afortunados que la mayoría de la gente que vivía en las ciudades, donde muchos sólo tenían lo que les asignaban sus cartillas. En el campo, casi todas las familias se las apañaban para complementarlas con sus propios huertos y corrales. Lo hacían incluso con el trigo, uno de los productos más controlados y que estaba prohibido guardar, ni siquiera para el consumo propio: Se las ingeniaban para ocultar una pequeña parte, molerlo a escondidas y cocer su propio pan en los hornos de obra que muchos tenían en sus casas; y, a los que no lo tenían, se lo prestaba algún vecino, siempre que trajeran la leña necesaria para calentarlo.

También se practicaba el trueque de forma sistemática, con todo lo cual, se comía más y mejor que en las ciudades. Camilo solía recordar con orgullo, años más tarde, que sus hijos nunca pasaron hambre ni tuvieron que comer pan negro, gracias a las hogazas y tortas de todo tipo que amasaba y cocía su mujer cuando les hiciera falta.

Por otra parte, el alcalde de Quintana del Marco, de cuyo ayuntamiento tanto Genestacio de la Vega como Villanueva de Jamuz eran pedanías, intercedió ante las autoridades de Abastos para evitar la confiscación de parte de la cosecha de aquella familia durante un año por lo menos.

Aun así, con siete personas a la mesa, por más que intentaran gastar lo menos posible, quedaron endeudados como nunca hubieran podido imaginar.

En la primavera de 1.940 cubrieron aguas en la nueva casa; y, a finales del verano, ya pudieron meter la cosecha en la nueva panera. Las habitaciones y la cocina ya estaban en condiciones de ser habitadas, aunque las paredes todavía transpiraban olor a humedad. El resto, se iría terminando ya con menos premura: Faltaba por revocar las paredes exteriores, encalar y una infinidad de detalles más para cualquier hogar confortable. Pero, eso sí, volvían a tener su casa nueva, más grande y mejor que la quemada. Aunque, "¿podemos hablar de nues-tra ca-sa?", se preguntaban amargamente.

Tuvieron que aceptar prestadas camas, mesas, sillas y demás muebles y enseres esenciales; y, a finales de septiembre, ya se instalaron todos en su nuevo hogar.

Como suelen decir, "Dios aprieta pero no ahoga"; así la cosecha de ese 1.940 resultó bastante buena y pudieron venderla bien, sin la sangría del servicio de Abastos. De modo que ese mismo año, empezaron a devolver una pequeña parte de lo mucho que debían.

Empezar sí; pero, calculada la cuantía de sus deudas, Camilo comprendía que no podrían terminar de pagarlas todas en menos de quince o veinte años, siempre y cuando las cosechas fueran todas igual de buenas.

Lo fueron en 1.941 y 1.942, gracias al trabajo sin descanso de toda la familia. Así que siguieron recuperándose un poco más y ver el futuro con un atisbo de cierto optimismo.

Se lo apagaron los de Abastos. Se presentaron a mediados de agosto de 1.942 para practicar la quita correspondiente de la cosecha y del corral.

- Lo siento mucho, señor Camilo; pero es que no me queda más remedio –le dijo el funcionario recaudador-: En las ciudades y otros pueblos se sigue pasando mucha hambre.

- Tengan piedad de nosotros, que tenemos cinco hijos que alimentar –intercedió Marta.

- Créame que lo siento de verdad. Lo más que puedo hacer es no tocar el corral, que ya veo un buen gallinero y conejos; pero el trigo, menos lo de la simiente, es todo para el Servicio Nacional del Trigo, al precio oficial; y, de la cebada y las patatas que saquen, tendremos que llevarnos la parte proporcional establecida.

- Podremos quedarnos con lo que saquemos de la matanza, ¿verdad señor? Somos siete bocas para comer… -volvió Marta a suplicar.

- También, también... Digamos que yo no he visto ningún marrano, por más que no dejan de gruñir en la pocilga –sonrió.

- Muchas gracias, señor –contestó Camilo sinceramente agradecido-. ¿puede probar el vino que hacemos para nuestro consumo?

- No debo; pero lo intentaré –y aceptó un vaso.
- Muy bueno, sí señor. Debería dedicarse a la producción de vino en vez de cereal –bromeó el oficial-: Así, su vino alegraría muchas vidas deprimidas, que las hay por todas partes.

Como la mayoría de labradores, también ellos tenían un pequeño majuelo y hacían un buen vino que guardaban en su propia bodega. Casi todos tenían su bodega, excavada pacientemente en una ladera de la colina del bosque comunal. Debajo del manto fértil, había roca arenisca, fácil de extraer a base de pico y pala. Las bodegas, además de conservar bien el vino, servían también como lugar de reunión, ocio, juego y diversión, porque resultaban frescas en verano y templadas en invierno. Casi se podría hablar de otro pueblo subterráneo, separado pero cerca de las viviendas. El fisco las respetaba porque eran producciones muy pequeñas, y que el vino se consideraba necesario para "calentar" o "refrescar" a los trabajadores en los duros inviernos o calurosos veranos de la meseta.

No todos los oficiales de Abastos solían ser tan comprensivos como el que les tocaba por aquella zona. Se decía que era hijo de labradores y comprendía que, para poder trabajar y producir, necesitaban estar bien alimentados. Fue una suerte, porque hubiera podido llevarse uno de los dos cerdos que engordaban en la pocilga, o la mitad de los animales del corral: gallinas y conejos, sobre todo, porque también tenían una cabra que había ayudado con su leche a criar a los pequeños.

- Pero no se les ocurra vender nada de estraperlo como hacen otros, que haberlos haylos, y que terminan en la cárcel en la mayoría de los casos.
- No, claro que no. Eso nunca.

Mientras, sus oficiales vaciaban el granero de trigo, menos lo apartado para la siembra siguiente, y otra parte de la cebada, dejando también una parte, la necesaria para simiente y como pienso para el ganado. Por lo requisado, pagaban el precio oficial, muy por debajo del que se pagaba en el mercado de estraperlo. Todos conocían a los que se dedicaban a ello, y que se enriquecían rápidamente. Según las malas lenguas, muchos eran tolerados o, incluso, protegidos por algunos de los mismos oficiales de Abastos.

Desde luego, los labradores de Genestacio no vendían nada que les pudiera sobrar, como huevos, patatas, legumbres, cebada y cualquier otro producto. En su lugar, se lo intercambiaban de forma sistemática: "Tantos kilos de patatas por un par de pollos de los que te sobran a ti, ¿hace?". De ese mercado salían todos beneficiados, sin riesgos de delaciones por prácticas prohibidas como el de dedicarse al estraperlo.

De todos modos, y a pesar de la comprensión del inspector, las posibilidades de la familia para saldar sus deudas quedaron muy mermadas. Hicieron nuevos cálculos con el resultado de muchos más años de los previstos para pagar a todos y ponerse al día.

Vivieron la Navidad de la mejor manera posible. Pero ese año habían podido hacer la matanza de los dos marranos y, con ello más los productos del corral, se las arreglaron para pagar en especie (tocino,

chorizos, jamón…) algunas deudas menores.

Así que, durante esas fiestas, aparcaron un poco las apreturas y disfrutaron algo más que en los dos años anteriores, privados de casi todo. Aunque lo que nunca faltaba en esa familia era la alegría, la imaginación y las ganas de jugar con lo que fuera: a las cartas, a las tabas, las castañas y a otras mil maneras para pasarlo bien durante esos pocos días en que podían estar reunidos al amor de la lumbre y sin el agobio del trabajo inaplazable de las tierras.

Absortos en ese empeño de ahorrar todo lo posible, pero disfrutando al mismo tiempo, Marta se quedó nuevamente embarazada a finales de aquel 1.942.

No por ello dejó de trabajar en el campo hasta el último momento, sin hacer caso de las molestias naturales de su estado. Aguantó hasta el final, sin abandonar la parcela donde cosechaban las patatas, hasta el momento de presentarse las primeras contracciones inequívocas del parto inminente. Se lo dijo a Rosalía, que trabajaba a su lado y, juntas, caminaron lentamente hasta la casa.

Fue a medianoche, entre el veintinueve y el treinta de octubre de 1.943, atendida por una vecina que ejercía de partera, cuando nació el sexto hijo de la familia: ¡Otro varón! Nadie supo asegurar si el alumbramiento ocurrió el veintinueve o el treinta. Tan es así, que figura como nacido el veintinueve en el registro civil, mientras que, en el certificado de bautismo, consta como nacido el treinta. Eso sí, mejoró con ello la proporción de sexos en la familia: cuatro chicas y dos chicos.

El bautismo se celebró el seis de noviembre y se le impusieron los nombres de Pedro o Pedrín, en memoria del abuelo materno que había fallecido unos años atrás.

Dos semanas después del bautismo, su padre estaba nuevamente cortando leña en el monte comunal que el ayuntamiento cedía a los vecinos para hacer acopio de leña para el invierno. Fue entonces cuando un tal Benedito le hizo un comentario en plan anecdótico, sin intención alguna:

- Tengo un primo de La Bañeza que se ha trasladado con su familia a Valladolid, a Tordesillas, a más de veinte leguas de aquí.
- ¡Quiá! ¿Y qué ha ido a buscar allá?
- Pues una vida mejor por lo visto.
- ¡Coñóo!, una vida mejor… ¿y cómo es eso?
- Por lo visto, allí hay mucha más tierra que personas para cultivarla. Se ve que las tierras se compran allí por nada.
- ¿Y son buenas?
- Eso es lo malo. Casi todas son de secano; también por eso son tan baratas.
- Pero entonces ya no interesa; porque, si viene una sequía, ¿de qué van a comer?
- Felipe, mi primo, ha hecho un pozo que da mucha agua y está convirtiendo su finca en regadío. Así, las tierras de allí son tan buenas como las de aquí. Sólo que ahora tiene allí casi diez veces más de tierra; y todo en una gran finca, en vez de las parcelas separadas de aquí: lo

vendió todo para comprar aquello.
- Hombre, así sí que puede ser… Pero es arriesgado porque, imagina si no hubiera encontrado agua…; el secano es siempre muy arriesgado.
- En eso tienes razón; pero él dice que tiene agua de sobra con el pozo –y callaron ambos concentrados en su tarea de hacer leña. "Felipe, Felipe, el primo de Benedito… Sí, creo haberle visto en alguna feria de ganado… ¡Vaya suerte la suya!", le daba vueltas Camilo al asunto en su cabeza, mientras seguía dando hachazos mecánicamente.

Ya en casa, se lo comentó a su mujer. Horrorizada se quedó ella ante una perspectiva semejante:
- ¡Con lo que debemos aquí…!
- Precisamente por eso. En menos de veinte años no saldremos adelante, y eso si hay suerte y buenas cosechas.
- Debes de estar soñando despierto ¿Con qué dinero vas a comprar tierras tú allá?
- No lo sé. A lo mejor vendiendo todo lo que tenemos aquí.
- Tú estás mal de la cabeza… Ya sabes que tienes seis hijos que alimentar. Eso es como tirarte al río con un cuévano vacío en las manos con la esperanza de sacarlo lleno de peces. No seas iluso, hombre.
- Felipe, el primo de Benedito lo ha hecho.
- Pero él no estaba tan empeñado como nosotros ni con tantos hijos…
- ¿Cómo sabes tú eso?
- No, no lo sé; lo imagino porque, si no, hay que estar muy loco o muy desesperado para irse de esa manera.
- ¡O tiene dos cojones bien puestos y ha sabido aprovechar una oportunidad! –le contestó él alzando un poco la voz.
- Tú siempre andas igual. Parece que quieres ir tentando a la suerte y alguna vez nos tendremos que arrepentir, ya lo digo yo. –alzando igualmente el tono de voz.
- Basta ya, Marta. No tengo nada decidido ¿está claro?, ya lo pensaremos más despacio y nos informaremos mejor; sólo sé que aquí tenemos muy poco porvenir.
- Somos pobres pero honrados, que es lo más importante.
- La pobreza con honra sigue siendo pobreza, Marta. Pero, repito, es sólo una idea.
- Pero es que a mí me dan mucho miedo tus ideas.
- Pues no te asustes mientras sólo sean ideas. Aquí empezamos sin nada y, a base de ideas y mucho trabajo, hemos ido prosperado ¿no?
- Sí, empeñados siempre hasta los ojos.
- ¡Calla de una vez! –cortó tajante-. No me hagas hablar.

Y calló su mujer, la que nunca solía callar, sino que seguía y seguía hasta desesperarle. Pero temió que sacara el odioso tema de cómo se inició el incendio.

Una pareja de trabajadores incansables ambos y honrados a carta cabal; pero con mucho temperamento ambos, aunque de caracteres diametralmente opuestos:

Hacendosa, trabajadora incansable, Marta era capaz de manejar la guadaña o la mancera como cualquier hombre; y, como ama de casa,

sabía cocinar como los ángeles y coser, zurcir, hilar, tejer…, dejándose los ojos sobre su labor para vestir a tantos en su familia. Era todo amor y dulzura para sus hijos y para todo el mundo: se sacaría la comida de su boca para darlo a quien lo necesitara, sin pedir nada a cambio. Pero sus miras iban poco más allá del día a día. No había podido ir a la escuela y apenas podía leer y escribir; lo poco que sabía lo había conseguido a base de tesón y por deseo de ponerse a la altura de sus hijos que sí que iban a la escuela de forma regular, más o menos. Pero tampoco echaba mucho en falta esa carencia porque, en aquella época y aquella zona, la mayor parte de las mujeres de su edad eran analfabetas. Todos la querían y respetaban por su bondad, honradez y laboriosidad. Hacía a la perfección el papel del lado amable, generoso y entrañable de la familia. Aunque se mostrara poco dispuesta a dar su brazo a torcer, cuando creía tener razón.

En el polo opuesto, él sí había ido a la escuela, aunque poco; pero era inteligente, habilidoso, con mucha iniciativa y gran preocupación por su familia, y no sólo a corto plazo, sino que sabía proyectarla de cara al futuro, a medio y largo plazo. Decidido y resolutivo, iba comprando parcelas nuevas, antes de haber terminado de pagar la anterior, con intención de construir un patrimonio que pudieran heredar sus hijos el día de mañana. Era el lado duro, luchador, calculador y exigente. Todos le respetaban por su tenacidad, sus ideas, sus habilidades, y su formalidad; aunque también podía ser temible, si llegaba a estallar en cólera.
Esta disparidad de caracteres les acarrearía agrias disputas a lo largo de sus vidas; porque ni él estaba dispuesto a dejar de llevar adelante alguna iniciativa que veía beneficiosa para su familia, ni ella en cuestionarlo y criticarlo hasta la exasperación, siempre temerosa de perder lo que tenían y pendiente del “qué dirán”, si fracasaban.

Así que esa nueva idea, la de mayor calibre a la que se habían enfrentado nunca, quedó aplazada, que no abandonada; porque para él era una posible salida a las deudas que arrastrarían por tiempo casi indefinido, de seguir como estaban.

Celebraron lo mejor que pudieron la nueva Navidad, disfrutando y ahorrando como siempre. Era una suerte que Marta fuera tan buena cocinera, capaz de sacar un delicioso plato a base de casi nada. Por otra parte, él aprovechaba para jugar y divertirse con sus hijos, cosa que tan raramente podía hacer. Era chistoso y ocurrente; les enseñaba a jugar con cualquier cosa, juegos en los que también participaba gustosa la madre siempre que podía. También cantaba y declamaba trozos enteros de comedias o sainetes que había aprendido en la escuela. Y lo escenificaba todo tan bien…: De haber podido dedicarse al teatro, hubiera llegado lejos como actor.

A finales de marzo, casi agotada ya la reserva de leña para cocinar y mantener la casa caliente, volvió Camilo al monte, como hacían casi todos por las mismas fechas. Esta vez fue él el que se hizo el encontradizo con el tal Benedito.

- Hombre, ¿qué tal?, ¿cómo estáis tú, tu mujer y tu preciosa hija?
- Muy bien, gracias; ¿y tu gran familia?

- Todos bien gracias a Dios; parece que la casa vuelve a ser un hogar organizado. Ha sido una gran suerte contar con toda vuestra ayuda.
- Nada hombre, ¿qué menos podríamos hacer?
- Oye, tu primo Felipe, el que se marchó a Tordesillas ¿Cuántas fanegas de tierra compró allí?
- Creo que setenta.
- ¡Jooder…, setenta fanegas…!, ¿tanto?, eso me parece una barbaridad.

- Pues pudo hacerlo vendiendo sus doce fanegas que tenía al lado del río, más la casa; y con lo que le dieron compró todo aquello, tierras de secano pero que las va convirtiendo en regadío con el pozo. Ahora es de los ricos del pueblo.
- ¿Estás seguro?
- Bueno, yo no he ido a verlo todavía; pero es lo que se cuenta en la familia.
- Claro, claro, así se entiende todo, ya lo creo: ¡setenta fanegas…!

Por su cabeza desfilaban guarismos a gran velocidad: "con la mitad de eso se solucionarían todos nuestros problemas en tres o cuatro años. Pero, ¿de dónde sacar el dinero?", le surgía el contrapeso, "todo lo de aquí lo debo"..., y siguió en voz alta.

- ¿Y se sienten bien en aquellas tierras?
- Sí, ahora sí. Rufina, su mejer, se resistió mucho al principio; pero ahora están allí felices y contentos.
- ¡Córcholis!, vaya cambio…: De todos modos, eso es una barbaridad de terreno y muy arriesgado por lo del agua, si el pozo no mana suficiente… –dijo como pensando en voz alta; y cambió de tema porque ya tenía demasiados datos para rumiar por su cuenta, con tranquilidad.

De vuelta a casa con la leña, no dijo nada a nadie. Después de cenar, se sentó en un rincón, a la luz vacilante de un candil, con un lápiz en la mano, totalmente concentrado sobre el reverso de una hoja de almanaque diario, casi todo en blanco por el reverso. Allí escribió una cantidad de cálculos que se diría imposible poder encajar en tan poco espacio; y que, desde luego, sólo él sería capaz de interpretar.

- ¿Se puede saber qué estás tramando?
- Nada. Son sólo cálculos de lo que nos queda por vender de la cosecha y lo que podremos pagar de las deudas –mintió.
- Ah, vale. Ya me temía que estuvieras planeando comprar alguna parcela más.
- No, esta vez no, Marta. No compraremos ninguna parcela, te lo aseguro.

De parcelitas nada. Si era cierto lo del precio de las tierras en Tordesillas y que con doce fanegas de aquí se podían comprar setenta de allá, y había suerte y podían vender bien lo que tenían en Genestacio y Villanueva más la casa nueva, que se había revalorizado mucho…, si todo fuera así, no compraría ninguna parcela de media fanega o así, no: compraría una finca entera, de decenas de fanegas…, y todo junto.

Pero pensó, y acertadamente, que era mejor no decir nada a nadie hasta que lo hubiera sopesado todo con calma y pudiera reunir datos y

razones contundentes para demostrarlo. Decirle algo ahora a su mujer de sus cálculos, hubiera resultado totalmente contraproducente. Sabía muy bien que no podría contar con su colaboración ni comprensión; bien al contrario, le caería encima todo tipo de ácidas críticas y malos augurios sin fin. Durmió mal hasta que dejó su papelito, repleto de números casi ilegibles, en un lugar seguro.

Siguieron varios días en los que se le veía como ido, concentrado y repensando todos aquellos cálculos que se sabía bien de memoria, sin necesidad de papelito. Desde luego, no quería precipitarse; tendría que volver a repasar decenas de veces, los datos que tenía; también empezaría a indagar discretamente sobre cuánto podrían conseguir, si vendieran sus casi ocho fanegas de buena tierra de riego, más la casa, la bodega y descontando todo lo que debían, claro.

Tampoco pudo seguir dando muchas más vueltas a sus conclusiones provisionales, porque empezaba ya la época de mayor trabajo en el campo; y eso tenía prioridad absoluta y le absorbía por completo.

También la cosecha, pese a la sequía, fue bastante buena ese año, gracias a que no pararon de regar. Un año más en el que podrían rebajar una pizca de sus deudas.

5- Llamada de Dios.

Al final de las muchas y duras faenas veraniegas, ocurrió algo que nadie hubiera podido imaginar: Nada más y menos que una llamada de Dios a la vida religiosa para la hija mayor. "¿Realmente era eso así de claro?", dudaban algunos.

D. Juan, un sacerdote nacido en Genestacio, y que era el capellán de un convento de monjas de clausura en Carrizo de la Ribera, se encontró con Camila, en uno de sus viajes al pueblo. Habló con ella en privado y le propuso, nada menos, que acompañarle al convento e ingresar allí como hermana lega.

Por supuesto que ella no tenía ni idea de qué iba aquella propuesta ni, menos aún, de las repercusiones que ello iría a desencadenar para ella y su familia. Pero, después de oír hablar al sacerdote de la santidad y felicidad que se respiraba en el convento, y de lo importante que ello sería para su crecimiento espiritual, lo entendió como un buen atajo para asegurarse el cielo y gozar del aura de santidad que casi todos admiraban en las monjitas.

A su madre, profundamente religiosa, la propuesta de D. Juan le pareció una bendición y el mejor destino posible para su hija. No lo fue tanto para su padre que contaba con ella como la hija mayor, tan necesaria para las infinitas tareas de la casa y de las tierras. Pero, viendo cómo crecía el entusiasmo de Mila y la insistencia de su mujer, tampoco quiso ser el único obstáculo para su felicidad, según le decían. Eso sí, intentó que su

hija se lo repensara bien y no tomara a la ligera una decisión tan importante para ella y para toda la familia. Reflexionó con ella sobre lo que pretendía hacer, del sacrificio que iba a suponer para ella al separarse de su familia e irse tan lejos; y para la familia, al tener que desprenderse de la hija y hermana mayor.

La balanza parecía inclinarse ya del lado de Dios y de su misteriosa llamada; pero surgió un obstáculo inesperado
con el que el diablo pareció contraatacar, que así lo veían los partidarios de los designios divinos. Era algo que parecía insuperable: En aquella época, los conventos estaban tan depauperados que, hasta las hermanas legas, debían aportar una dote de ocho mil reales; y eso que las legas se dedicaban al trabajo, para que las monjas de coro pudieran dedicarse enteramente a sus cantos y rezos. "¡Nada menos que ocho mil reales!" Era una cantidad que resultaba astronómica para la economía familiar. Así que tuvieron que darle a su Mila aquel gran disgusto, tan ilusionada como estaba ya, y a don Juan, que le había metido la idea en la cabeza.

- Que no se hable más de eso, señor Camilo, -sentenció el sacerdote- que bien sé yo lo que ustedes están pasando.
- ¿Qué quiere decir?, ¿que podrá entrar sin dote?
- No, eso no es posible desgraciadamente; pero yo, personalmente, le adelantaré ese dinero, sin interés ninguno ni plazo de devolución. Ya pensaba hacerlo de todos modos; pero estaba esperando a conocer si podría contar con el consentimiento de ustedes.
- Se agradece, don Juan, pero es que eso tampoco lo podemos aceptar: ¡Con todo lo que debemos…, a saber cuándo llegaríamos a devolvérselo…!, si es que podemos.
- Peor sería matar una vocación tan clara como la que yo veo en su hija y oponerse a los planes de Dios para ella. Acepten, por favor, este préstamo y déjenla seguir su llamada divina a la vida religiosa.

"¿Su llamada divina?", se preguntaba perplejo su padre; "más bien será la llamada del cura", pensaba. Pero la ilusión de la niña y de su madre iba en aumento cada día. Le sorprendía tanto su mujer…: ella, siempre tan reacia a cualquier dispendio y tan preocupada por sus deudas…; y, sin embargo, no parecía importarle ahora ese gasto tan cuantioso. Y don Juan, muy convencido tenía que estar para adelantar el dinero, conociendo la situación de la familia… Así que tampoco quiso ser él el único en oponerse a sus deseos... "Quien sabe", pensó, "a lo mejor esa nueva deuda, tan fácilmente aceptada por Marta, me pueda resultar útil más adelante…"

Él mismo la acompañó al convento cisterciense de Carrizo de la Ribera, en diciembre de 1.944. La dejó convencido de que, o bien se volvería pronto a casa o ¿quién sabe?, que se tratara realmente de su vocación, como aseguraba D. Juan, aunque él no terminara de entenderlo. "Ya se verá", se repetía: "Le hemos dicho más de cien veces que podrá volverse a casa cuando quiera", se tranquilizaba por lo que acababa de hacer.

Desde el día de dejarla allí, su padre se sentía desazonado. "Sin Mila lo tenemos que reorganizar todo, con Lía haciendo el papel de la hija mayor", pensaba redistribuyendo las responsabilidades de cada uno. "A

Lía le tocará ahora ocuparse de Pedrín, más los otros mil quehaceres de la casa, y dejar así más libre a su madre para el trabajo del campo…, y mantener a raya a Tori, Samu y Vero. Pero Lía podrá con todo eso, estoy seguro", concluyó tras mucho reflexionar.

Pero, seguía pensando, "Rosalía sólo tiene trece años y no ha podido acudir regularmente a la escuela; tendremos que suplirlo de alguna manera con clases particulares, quizás". Mientras eso llegaba, él mismo procuraba enseñarle todo lo que supiera. Así, casi cada noche, le hacía leer en voz alta y copiar páginas enteras. También, cuando el trabajo se lo permitía, repasaban juntos las operaciones básicas de matemáticas. Afortunadamente, Rosalía resultó ser muy inteligente y ávida de saber.

Fue una suerte que, de entre las cosas que se repartieron los hermanos al irse de su casa, Camilo se llevó la "Novela del Soldado Desconocido", en cuatro tomos. Era allí donde Rosalía leía y donde empezó a entusiasmarse con el excelente relato. Al poco tiempo y por propia iniciativa, solía ponerse a leer después de cenar y en voz alta para todos, un capítulo entero de la novela que sus padres y hermanos escuchaban, entusiasmados por su apasionante trama. Terminó así leyendo con gran soltura y buena entonación.

Victoria, con sólo diez años, tenía que seguir yendo a la escuela y cuidarse de Samuel y Verónica, para que "no hicieran novillos" y fueran aplicados.

Echaron mucho de menos a Mila en la mesa de Navidad de ese 1.944 y el año nuevo. Pero recibieron una carta suya muy cariñosa en la que les explicaba lo feliz que se sentía con las monjitas… También allí sabían celebrar la Navidad y disfrutar de esa fiesta tan entrañable. Las religiosas parecían encantadas con su nueva postulante, tan inocentona y encantadora... Así que, poco a poco, empezaron a hacerse a la idea de que, tal vez, ya no regresaría.

A mediados de enero de 1.945, con el roturado de las tierras ya casi terminado, Camilo decidió visitar al hermano de Felipe en La Bañeza. Necesitaba seguir investigando aquella posible salida de Tordesillas. Aunque no hubiera vuelto a mencionarlo, le seguía pareciendo la mejor oportunidad que se le había presentado hasta entonces. "Eso sí, tengo que asegurarme muy bien, porque un error ahora sí que nos hundiría del todo", se repetía a menudo. "y mejor no decir nada a nadie hasta que lo tenga totalmente claro".

- Mañana me iré a La Bañeza, a la feria de ganado.
- ¿Ahora?, ¿con este frío?
- Sí, ya me abrigaré bien; pero es que quiero ver qué se vende y se compra y a qué precios, que en esta época del año todo va más barato.
- Pero, ¿qué vas a hacer allí?, ¿es que no tenemos suficiente con los animales que tenemos?
- No lo sé. A lo mejor nos conviene cambiar los caballos por mulas. Sólo quiero ver.
- Pero ¿No puedes esperar? Tampoco tenemos dinero para comprar nada.
- No necesito dinero; sólo voy a ver y enterarme de precios. Quizás se

pague más por los caballos que por las mulas. Sólo quiero ver y oír, ya te digo; pero es mejor hacerlo ahora porque luego, cuando tengamos que sembrar, tendré menos tiempo.

Su mujer no puso mayor objeción. Era muy consciente del aumento de sus deudas con la dote de Mila, que ella había apoyado sin vacilar. "Y, hombre, si realmente podían sacar algún dinero con el cambio de los caballos por las mulas..., vete tú a saber", pensaba; aunque creía que eso no sería buena idea, "porque las mulas suelen ser más tozudas y difíciles de dominar".

Naturalmente, se trataba de un mero pretexto de Camilo. En la feria estuvo lo justo, sin prestar mucha atención al ganado vendido o comprado. Necesitaba una información más directa que la de Benedito: a eso era a lo que realmente había venido a la feria. Allí mismo encontró a Jeremías, el hermano de Felipe, que era veterinario y que casi siempre estaba allí por si algún
comprador quería pedirle opinión sobre la salud de algún animal.

Después de hablar de esto y aquello, de acá y de acullá, Camilo sacó el tema de su hermano Felipe como por casualidad.

- Lo de Felipe ha sido un acierto –le confirmó su hermano-: Con la cosecha, aun de secano y que ha llovido poco, ha sacado tres veces más de lo que hubiera podido sacar de sus tierras de regadío de aquí.
- Pero ¿cuantas fanegas ha comprado allá? –quiso asegurarse.
- Setenta, todo llano y de buena tierra, en una zona que llaman "Maloslodos".
- ¿Maloslodos?, ¿y eso?
- Ah ya, vaya nombre: dicen que es porque pasa por allí un arroyo y, cuando tienes que atravesarlo con el carro, se atollan mucho las ruedas en la pecina del fondo.
- ¡Setenta fanegas…, coooñó!, una finca tan grande no la tiene nadie por aquí.
- Pero aquí todo es de regadío y siempre se produce más con menos, ya sabes.
- Claro, desde luego; pero aun así, con tanto terreno…
- Lo mejor es que, en esa zona de Maloslodos, hay mucha agua por debajo. Sólo hay que cavar un pozo y convertir el secano en regadío. Es lo que ha hecho Felipe; así va multiplicando el valor de lo que compró tan barato. –Eso era exactamente lo que quería oír Camilo, sin preguntarlo él directamente.
- Pero dices que por allí pasa un arroyo, ¿entonces para qué hacer pozo? ¿por qué no regar con el agua del arroyo?
- Por lo visto se seca en verano, cuando más se necesita regar; por eso lo del pozo.
- Benedito ya me habló del pozo, ¿es muy hondo?
- Unos cinco metros o así.
- ¿Y da mucha agua?
- Mucha; porque, en cuanto empezó a manar, los poceros tuvieron que escapar trepando para arriba porque el agua subía a mucha velocidad. Enseguida instaló una noria y ha estado regado con ella todo lo que ha

podido sin que bajara el nivel, ni en pleno verano y esta sequía. Ahora anda buscando otra noria más potente y aumentar la zona regada. Entonces, tal vez sepa cuánto mana realmente.

- Me alegro mucho por tu hermano. Ha tenido mucha suerte al encontrar agua a la primera.
- Desde luego. También ha sido muy valiente para dar ese paso. Antes tuvo que convencer a Rufina, que se negaba en redondo a salir de aquí. Pero ahora, he oído de otros labradores de por aquí que piensan también irse para allá.
- Yo mismo, igual me iría yo el primero, si no fuera por las deudas que tengo,
- Es verdad. La mala suerte se cebó con vosotros al quemaros la casa y la cosecha al mismo tiempo.
- Tardaré muchos años en poder pagar todo lo que debo y pensar en comprar allí, si es que todavía quedan oportunidades y a buen precio.
- Claro, claro… aunque, no sé, no sé… ¿Y si vas al banco con las escrituras de lo que tienes como garantía? A lo mejor te dan un crédito.
- Puede, puede…, pero con ello me endeudaría todavía más. Es demasiado arriesgado y es seguro que Marta no lo entendería de ninguna manera: Sería traer la guerra a casa.
- Ya: es natural que tenga miedo, igual que pasó con Rufina.
- Y tú, ¿por qué no te vas para allá?
- Hombre…, tú ya lo sabes; yo no tengo por qué. Como veterinario, tengo mucho trabajo aquí: hasta tú me has llamado alguna vez para tratar algún animal. Aquello es para los labradores como tú. Yo no ganaría nada yendo allá, creo yo.

Cambiaron de conversación hacia temas anodinos porque la mente de Camilo estaba nuevamente saturada y en ebullición, con su mente allá lejos, en Tordesillas, aunque mantenía la conversación de forma mecánica. Crecía por momentos su convicción de que, "había que echarle cojones" al asunto; y cuanto antes, no fueran a adelantársele y perder los mejores terrenos o, peor aún, que ante tanto nuevo comprador, subieran los precios de las tierras en Tordesillas.

Siguió varios días más sopesando pros y contras…: A veces lo veía todo claro como la luz del día, y otras oscuro como una noche sin luna. Sin embargo, se iba imponiendo la idea a favor del cambio. Ahora, necesitaba un pretexto para ir a Tordesillas y verlo sobre el terreno; pero ¿qué pretexto, sin encender la chispa de la sospecha, o peor, de la guerra declarada? Pero es que necesitaba evidencias para poder presentar un plan infalible e irrefutable a su mujer; sólo así podría abrigar esperanzas de hacérselo entender y no pelearse con ella rabiosamente, días y días. La temía cuando se enzarzaban en peleas absurdas, a menudo por temas tan baladís…, y tenía miedo también de sí mismo, si perdía los estribos y se desbocaba.

6- Viaje secreto.

Desde luego, Camilo no conocía el aforismo de Virgilio "Audaces fortuna iuvat" (La fortuna ayuda a los audaces); pero la diosa de la suerte sí que lo sabía, y parecía dispuesta a conspirar ahora en su favor.

So pretexto de visitar a unos familiares de Benavente que le habían escrito, a primeros de marzo se fue para allá. Pero apenas paró, sino que siguió camino hasta Tordesillas, forzando la marcha de su caballo.

En Tordesillas, le gustó casi todo lo que vio. El pueblo, la inmensa vega en la ribera izquierda del río Duero, tan majestuoso y caudaloso, comparado con el Jamuz o el Órbigo que él conocía; la grandiosa finca de Felipe, el pozo, la noria: ¡Qué maravilla de pozo! Lo habían construido unos poceros muy experimentados, traídos precisamente de La Bañeza. Cuando lo terminaron y se despidieron de él, le habían comentado que había mucha agua por abajo en aquella zona.

- ¿Mana mucha agua? –volvió a preguntar, tratando de asegurarse.
- Mucha, mucha más de la que puedo sacar con la noria. La he puesto a toda marcha para probar, cambiando caballerías y hacerlas correr al trote para ver si bajaba el nivel; pero no bajaba nada, ni en pleno agosto. Este año regaré todo lo que pueda y aseguraré la cosecha aunque llueva menos aún que en el pasado.
- Todo esto te habrá costado un dineral…
- No lo creas: Unos 800.000 reales. Algo más de lo que saqué con la venta de la casa de allá más mis doce fanegas, entre lo de La Bañeza y Quintana. Y ahora lo tengo todo junto aquí.
- Claro, claro, porque yendo de una parcela a otra siempre se pierde mucho tiempo: es lo que me pasa a mí con lo que tengo en Villanueva y Genestacio.
- Pero lo mejor es que aquí dan facilidades de pago. Tengo hasta diez años para pagar. Así que he podido comprar también una casa grande de labranza en el pueblo que ya te enseñaré; y más animales de tiro, otro carro, aperos…, de todo. Cada día estoy más contento de haberme venido… Hasta Rufina está encantada ahora; ella que se resistía como una leona al principio.
- Oye, por casualidad… ¿No sabrás de alguna finca que se venda bien por aquí?
- Sí, muchas. Precisamente hay un señor de Pollos, Nicasio se llama, que tiene una finca aquí, lindante con la mía; y la quiere vender porque a sus hijos no les interesa la labranza. Vino hace un par de semanas, para ofrecérmela a mí.
- ¿La comprarás?
- No, no, eso sí que no. Tengo mucho más de lo que puedo trabajar debidamente. Mi sueño es convertir toda la finca en regadío, porque con la noria, aunque es de las más potentes, no regaré ni la mitad en el mejor de los casos... Ya sabes que la avaricia rompe el saco. Si tuviera electricidad y pudiera poner una buena motobomba…
- ¿Pide mucho por la finca ésa?

- Qué va. Me la ofrecía por sólo 200.000 reales.
- Pero eso es un dineral.
- No creas. Son unas treinta fanegas y tiene una casa de labranza estupenda. Mira, es aquella de allá enfrente. Pero como no me interesaba, ni discutimos de las condiciones. Me pidió que si sabía de alguien que…, ¡Pero coño, no se me había ocurrido!, ¿por qué no vas a verle y la compras tú?
- ¿De Pollos has dicho?, ¿por dónde queda eso?
- Es un pueblo a unas dos leguas de aquí. Se va por la carretera de Salamanca. Puedes ir y volver en una mañana con tu caballo.
- Iré mañana –dijo sin vacilar.
- Estupendo, Camilo. Esta noche duermes en nuestra casa de Tordesillas y así saludas a Rufina. Luego, a tu vuelta, ya me contarás… Pero ahora, si te parece, ensillo mi caballo y nos vamos los dos a ver esa finca; me acuerdo bien de sus lindes. -Dio algunas instrucciones a su casero y sacó un caballo ya ensillado de la cuadra.
- No sé cómo agradecértelo.
- Tranquilo. Hay toda una vida… ya sabes, "arriericos somos…" Si llegamos a ser vecinos, ya habrá ocasiones para ayudarnos el uno al otro.

Volvió a admirar la finca de Felipe mientras cabalgaban hacia la del señor Nicasio que, hasta cierto punto, le gustaba aún más porque lindaba toda ella con el arroyo del Perú y una cañada al otro lado del cauce. Había un puente sobre el arroyo y se podía pasar fácilmente entre la finca y la cañada.

La casa también parecía en bastante buen estado, aunque no la vieron por dentro porque estaba cerrada. En cambio, pudieron entrar libremente a las dos cuadras vacías, donde sólo se amontonaban algunos aperos de labranza en bastante buen estado.

- Ahora que la veo contigo, me gusta todavía más. Esa cañada termina en la carretera de La Peña, que va de Tordesillas a Serrada. Así que está muy bien comunicada.
- Y el arroyo lleva bastante agua.
- No te hagas ilusiones. En verano, cuando se necesite regar, estará seco.
- Me gusta de todos modos. Y si vendo bien lo que tengo en Genestacio y Villanueva..., y hago un pozo en la misma línea que el tuyo…
- Lo mejor es hacer venir a los mismos poceros que hicieron el mío: Ellos saben descubrir las vetas de agua desde arriba… Estuvieron dos días enteros examinando el terreno, antes de empezar a cavar.
- Sí; pero primero hay que comprar la tierra. Anda que si tengo la misma suerte que tú.... "Vamos a ver si ese Señor Nicasio me da facilidades" -pensaba en voz alta.
- Seguro que sí, porque él no puede llevar esta finca desde allí. Sus hijos quieren hacer una carrera de no sé qué, me dijo. Necesitará el dinero para pagar sus estudios, creo que en Madrid…
- Ya tengo ganas de conocerle y saber sus condiciones.
- Creo que te irá bien, porque a mí me pareció deseoso de vender, y pronto.

Así pues, después de cenar y pasar la noche en la magnífica casa de Felipe y Rufina en Tordesillas, animado también por la opinión de la mujer y por su promesa de ayudarle a convencer a Marta, salió temprano, cabalgando en dirección a Pollos.
Preguntando un par de veces, le indicaron dónde localizar al señor Nicasio.

7- Comprar sin dinero.

De haber podido leer también a Julio Cesar, hubiera podido decir como él: Veni, vidi, vici… (vine, vi, vencí), que tan rápida y favorable resultó la operación:

- Así que, señor Camilo, usted es conocido del señor Felipe, el de Maloslodos…
- Parientes lejanos.
- ¿Le enseñó mi finca?
- Más o menos. Está al lado de la suya y…
- ¿Le habló del precio que le pedí?
- Sí. Eso es lo malo. Que a mí me podría interesar…, pero es que no puedo pagar tanto dinero…
- Nadie lo puede. Después de la guerra, los únicos que tienen dinero son los que se han enriquecido con el estraperlo. Pero esos no saben nada de labranza. Ahora están montando negocios legales y menos arriesgados. Pero la finca bien lo vale. Le puedo dar las facilidades que necesite si es que usted me ofrece garantías.
- He traído las escrituras de lo que tenemos por la zona de La Bañeza. Véalas usted mismo: una gran casa nueva y unas siete fanegas y media al lado del pueblo y todo de regadío. Allí se paga la fanega a más de 28.000 reales.
- Si es así, usted puede vender todo aquello y comprar mi finca sin problema alguno.
- Sí que hay problemas, sí, y muchos.

Y le contó su mala suerte con lo del incendio, perdiendo casa y cosecha al mismo tiempo, con las deudas consiguientes que tenía que afrontar primero…, más ahora la dote de su hija la monja… Sí, muchos, demasiados problemas.

Fue justamente en ese momento, cuando la diosa fortuna se puso de parte de Camilo, casi de forma descarada: Fuera como fuere, con sus argucias misteriosas, convenció al señor Nicasio, de que "allí y ahora" tenía delante a su cliente ideal: Un hombre cabal, trabajador e íntegro, emprendedor pero prudente, del que se podía fiar sin vacilar porque haría siempre honor a sus compromisos.

O sea, que el relato de sus desgracias, en vez de desanimar al señor Nicasio, provocó en él el efecto contrario. Tanto que sorprendió a Camilo

soltando:
- Señor Camilo. Yo necesito vender. Para dejar mi finca así baldía, se la puedo dejar un año o dos de balde. De esa forma, usted podrá cosecharla primero, antes de empezar a pagar. Además, tendrá tiempo para vender lo que tienen allí en el momento más favorable. A mí me puede ir pagando con las cosechas que vaya sacando en…, digamos ¿diez años, por ejemplo? ¿Cree que podría terminar de pagarme en diez años?
- ¿Lo he entendido bien?, ¿dos años de balde más diez para pagar?
- Sí. Hoy nadie puede comprar tierras por lo que valen. Mis hijos no quieren saber nada de esa finca tan lejos, a dos leguas y media de distancia…
- En ese caso, ¿cuándo puedo venir para preparar la sementera?
- Mañana mismo, si quiere. Yo me alegraré de ver mis tierras cultivadas al fin.
- Mañana no, porque no tengo aperos ni caballos para roturar y arar; pero me vuelvo a Genestacio y regresaré con dos caballos y todo lo necesario, más alguien que me ayude.
- Mire primero lo que hay en las cuadras. Allí hay arados, palas, azadones y otros aperos que no requisaron para la guerra. Yo creo que le pueden servir todavía.

Eso fue todo. Se despidieron cordialmente y quedaron para ir juntos, cuando regresara de Genestacio, a visitar un notario de Tordesillas y formalizar la operación por escrito. Pero la transacción ya estaba hecha: La palabra dada, y rubricada con un apretón de manos, era lo mismo de eficaz en aquella época.

Le dio la llave de la casa para que supiera lo que podría aprovechar de dentro y no tener que traerlo de allá. También le insistió en que se quedase a comer en su casa; pero Camilo, después de agradecérselo sinceramente, se excusó por falta de tiempo, porque tendría que volver inmediatamente a Genestacio y regresar de allí con todo lo necesario, si es que quería poder sembrar ya algo de cereal tardío esa primavera.

Así que, después de un cordial hasta pronto, volvió a montar su caballo y galopar en dirección a Tordesillas.

- Camilo, ¡enhorabuena! Nunca he visto un trato tan rápido ni tan favorable –le dijo Felipe al escuchar las condiciones.
- A mí mismo me cuesta creerlo. Pero ¿ves?, es que me ha dado ya hasta la llave de la casa, y sin nada a cambio; ni yo mismo me hubiera atrevido a pedir unas facilidades tan buenas.
- Es fantástico. Debe de estar desesperado por vender. ¡Dos años de balde, sin tener que pagar nada…!
- Eso es lo mejor. Así no tendré que malvender aquello por las prisas. Intentaré sembrar algo aquí enseguida y, al mismo tiempo, sacaremos adelante la cosecha de allá.
- Muy buena idea esa, sí señor; y con los hijos que tienes, ya creciditos, te podrán ayudar... Todo te irá bien, Camilo, todo te irá bien.

Volvieron juntos para ver la casa por dentro. Constaba de una gran cocina, una despensa y un horno abajo y dos habitaciones en el piso de arriba. Al lado, en una superficie casi igual, estaban las dos cuadras que

ya habían visto, más un espacioso pajar por encima. Además, desde el rellano de las escaleras de la cocina hacia el piso de arriba, había una puerta que la comunicaba con las cuadras. Así que se podía pasar directamente de la cocina a las cuadras, sin necesidad de tener que salir al aire libre: una gran ventaja para tiempo frío o lluvioso.

En la segunda de las cuadras revisaron lo que ya habían visto la víspera: un arado de vertedera y otros dos arados romanos con reja de acero; más palas, azadones, hoces y algunas herramientas más. Todo estaba oxidado, pero parecía aprovechable una vez limpio, engrasado, afilado o pulido. Lo que no serviría era un viejo carro que estaba en el patio delantero de la casa, porque costaría repararlo casi tanto como comprar uno nuevo.

- Siempre te podré prestar uno mío si lo necesitas al principio. Yo tengo tres y rara vez los necesito al mismo tiempo.
- Muchas gracias Felipe. Es una suerte tenerte aquí.
- De nada, hombre. Para eso estamos.
- Espero poder corresponderte un día.
- Al tiempo… Oye, ¿sabes? casi me gusta más esta casa que la de mi finca. Una vez arreglada os servirá perfectamente para vivir todos; un poco apretados, claro, porque sois muchos. Luego, ya compraréis otra casa en Tordesillas y contrataréis un casero para aquí.
- Sí, desde luego; tenemos que comprarla para que los pequeños puedan ir a la escuela, sin tener que caminar una legua cada día, entre ida y vuelta.
- Sí, desde luego; pero mientras tanto, ésta os servirá.
- ¿Tú también viviste un tiempo en la finca antes de comprar tu preciosa casa en Tordesillas?
- Sí, claro. Al principio vale más estar aquí y poder controlarlo todo. También se necesita tiempo para escoger una buena casa de labranza en el pueblo y a buen precio. Y hay que acertar al contratar un buen casero como yo, para que se cuide de los animales en el invierno y le puedas poner a cargo de los jornaleros que necesitarás contratar, según los trabajos, como segar, trillar, aventar. Ya sabes tú.
- ¿Resultará fácil eso?, lo de la casa en Tordesillas, quiero decir.
- Claro que sí. Con la guerra han quedado muchas casas vacías que se venden baratas. No tantas de labranza como la mía, con cuadras, graneros y demás; pero las hay, aunque la mayoría están algo destartaladas por tanto tiempo de estar vacías.
- Tienes mucha razón. Yo también creo que podremos arreglarnos aquí un año o dos y poder comprar una buena casa allí, aunque tenga que repararla poco a poco.

Otra noche más en que le costó encontrar el sueño. Estaba exaltado y exultante; muy seguro de que había realizado un trato increíblemente favorable y muy beneficioso de cara al futuro para toda su familia, sobre todo si encontraban agua como Felipe.

"Pero", y eso era lo que le ahuyentaba el sueño, "¿cómo voy a explicárselo todo a Marta? Ella, siempre tan temerosa a la hora de emprender cualquier iniciativa más allá de sus propias narices", como

solía él recriminarle con acritud…. Pero es que todo esto era muy gordo; y había ocurrido en sólo dos días. "Yo le dije que me iba para ver a mis primos de Benavente, sin mencionar mi viaje a Tordesillas; y, mucho menos, que quería mirar si encontraba alguna tierra interesante para comprar; y, muchísimo menos, que la compraría si se terciaba… Y todo así, sin que ella sepa nada". Ahora se sentía asustado y temeroso ante la perspectiva de tener que explicárselo todo a su vuelta: Veía mentalmente su cara desencajada, encendida, rabiosa, espantada, llena de estupor e incredulidad; a lo que seguiría, sin duda alguna, una sarta de reproches de todo tipo, lo explicara él como lo explicase. "Y, para colmo de colmos, nos hemos endeudado muchísimo más". ¿Cómo dormir ante aquella perspectiva?

Él era quien llevaba los pantalones, al estilo de la época, ¿o no tanto? Podría imponer su criterio como único medio posible para "salir del atolladero". Porque es que…, e hizo una larga lista mental de ventajas que aquel cambio iba a suponer. Sí, argumentos no le faltarían; pero eso de no contar con ella sobre algo tan trascendental para la familia, que también era suya, le parecía ahora aalgo demasiado. "Menudo chaparrón me va a tocar aguantar, y esta vez justificado..." Pero, mientras le iba venciendo el sueño, en un duermevela prolongado, seguía hilvanando un plan que, quizás, pudiera llegar a funcionar…

Durante todo viaje de regreso, no paraba de darle vueltas y más vueltas. Recuperó el hilo de lo medio soñado en la noche anterior y se pasó todo el viaje argumentándoselo en voz alta a Niño, su caballo, como para ensayarlo todo con meticulosidad. El animal parecía entenderlo perfectamente todo y, poco a poco, él mismo se fue tranquilizando y sintiéndose más seguro de sí mismo.

Ya en casa, durante la cena y la sobremesa, les contó muchas cosas inventadas sobre sus parientes de Benavente; sin mencionar para nada lo de su viaje a Tordesillas. Su plan incluía el comentárselo primero a Rosalía y a Victoria, que le acompañarían a la mañana siguiente para plantar una parcela de patatas. Trataría allí de ganarlas para su causa.

Fue un acierto. Se lo explicó con tal convicción y entusiasmo, aludiendo primero a la fortuna de Felipe, el hermano de don Jeremías que ellas conocían; luego les habló de las maravillas de Tordesillas, partido judicial como La Bañeza, del gran rio Duero, de la magnífica vega y la preciosa finca junto al arroyo y al lado de la de Felipe, del increíble trato que había hecho… Y todo tan bien contado y tan detallado que las hizo sentir como si hubieran heredado de algún pariente lejano.

- Casi me ha regalado la finca; y son treinta fanegas de terreno que convertiremos en regadío en unos años. Así tendréis un patrimonio para heredar.
- ¿Se lo ha dicho ya a madre? –le dijo Lía casi tan asustada como entusiasmada al pensar en ella de repente.
- No, todavía no; necesito primero saber vuestra opinión y si puedo contar con vosotras para empezar allí.
- ¿Nosotras? ¿Qué pintamos nosotras en eso?
- Mucho. Aquí ya está todo sembrado. Mi intención es salir para allá con

lo necesario para sembrar también allí y sumar las dos cosechas. Así, sí que podremos recuperarnos y devolver una buena parte de lo que debemos.

- ¡Jesús…!, dicho así parece estupendo; pero ¿qué tenemos que hacer Tori y yo?

- Que me acompañéis y me ayudéis: Iremos con el carro y los dos caballos. Aún estamos a tiempo para la siembra de primavera, si nos damos prisa. Yo araría primero y vosotras sembraríais detrás. Pero hay que hacerlo todo con rapidez, antes de que comience el calor. ¿Puedo contar con vosotras?

- Por mí sí, desde luego –dijo Lía sin vacilar, asombrada de que su padre preguntara por su opinión, en vez del "ordeno y mando", al que se había acostumbrado como sistema habitual.

- Y por mí también –añadió Tori, aún más entusiasmada, o menos consciente de las implicaciones que suponía.

- Pero, es que… madre aquí sola, ¿cómo hará ella para regar, aricar y hacer la cosecha, sin ayuda de nadie aquí? –contrarrestó Lía.

- Todo se arreglará, hija; lo tengo todo bien calculado. Nosotros, una vez sembrado allá, nos volveremos enseguida para hacer aquí todos esos trabajos que dices. Además, tenemos familiares y amigos que ayudarían a tu madre, o contrataríamos un jornalero…; pero tendríamos dos cosechas, dos. Y no tenemos que pagar nada por la finca durante los dos primeros años. Así que no podemos perder la oportunidad de las dos cosechas; tenemos que ir enseguida y sembrar allá trigo y cebada de primavera.

Cuando regresaron los tres, ya casi de noche, se sentaron todos al lado de la lumbre. Camilo se armó de valor y se lo explicó todo a su mujer de una tangada, sin pausa alguna. Y es que, de tanto darle vueltas en la cabeza, tenía ya tan bien ensayado el guion y lo recitó tan ordenadamente, tan seguido y sin darle espacio para meter baza, que ella no tuvo más opción que escuchar todo seguido: la "confidencia" de Benedito, la "casual" entrevista con Jeremías en la feria del ganado, su viaje a Benavente donde "le empujaron" a acercarse a ver a Felipe en Tordesillas, la maravilla de finca con la que había cosechado cuatro veces más que con todo lo que tenía aquí de regadío, lo del pozo que daba tanta agua que le permitiría convertir toda aquella enorme finca en regadío, su ofrecimiento para ayudarles al principio, lo mismo que Rufina, entusiasmada ahora…, el "regalo" del señor Nicasio, sin cobrar nada durante los dos primeros años; porque así la finca se pagaría sola con una pequeña parte de sus cosechas… En resumen, era la oportunidad de su vida, cualquier ciego lo vería más claro que el agua.

Hasta terminar su discurso, Marta no tuvo más remedio que escucharle con la boca abierta y cara enroquecida, muda de asombro y sin poder cortarle y protestar. Al final, cuando terminó él con su retahíla de ventajas y razones, ella ya no sabía bien por dónde empezar con sus reproches.

- Pero, pero, pero…, Así, sin pensar… Las cosas hay que pensarlas primero. Eso es una locura –pudo protestar, sin saber muy bien por dónde seguir, dejando un instante de pausa que él aprovechó volviendo con su argumentación.

- No, Marta, no es una decisión tomada a la ligera. Llevo meses y meses pensando en ello –y le puso en sus manos la hoja de almanaque, plagada con números y cálculos que eran como chino para ella, y la dejó medio embobada mirando aquella hoja mientras él seguía-: y ahora estoy totalmente seguro de que es un regalo del cielo. Piensa que tus rezos han dado fruto, o los de Mila en el convento: Dios os ha escuchado al fin. No querrás que no podamos pagar su dote y que tenga que volver a casa, con lo ilusionada que está…

El comentario sobre la intervención divina y la dote de Mila resultó definitivo. A cada virtud de la larga letanía de ventajas repetidas por su marido, casi se sentía tentada a contestar ahora como en la letanía del rosario con un "ruega por nosotros". "¿Y si todo era realmente un signo de Dios…?", pensaba desconcertada aún, pero con una pizca de esperanza. "Seguiremos rezando con más fervor todavía", se dijo.

Por otra parte, Rosalía y Victoria ya estaban claramente de parte de su padre y dispuestas a irse con él para sembrar. Hasta Samuel, con sus ocho años, quería acompañarles, sediento de aventuras. Tuvieron que recordarle:

- No, Samu, tu sitio y el de Vero es la escuela y al lado de tu madre, como el hombre de la casa -cosa que le halagó y convenció.

Marta hizo un par de intentos más de protesta, sobre todo por verse dejada al margen de un asunto tan importante; pero su marido traía ya todas las respuestas preparadas.

- Tienes razón Marta –por una vez ¡le daba la razón!-; pero es que no pude decirte nada antes. Solo fui a ver porque, tanto Jeremías como su primo Benedito y mis parientes de Benavente "me empujaron" a ir, porque sabían lo apurados que estamos y querían ayudarnos.
- Pero, pero podías haber vuelto y hablarlo antes aquí, digo yo: Eso es lo que se debe hacer.
- También tienes razón; pero es que me dio miedo perder esa finca en esas condiciones tan favorables. Hay muchos por esta zona que quieren irse ahora también para allá. Si no acepto yo la oferta de Nicasio, que es un verdadero regalo, algún otro se nos hubiera adelantado.
- Pero habría más fincas, supongo…
- Ninguna tan favorable ni al lado de Felipe y Rufina que nos ayudarán al principio. Me pareció que hubiera sido imperdonable por mi parte si dejaba pasar semejante oportunidad. Sabía que lo lógico hubiera sido hablarlo nosotros antes; pero estaba seguro de que, aunque me costaría mucho podértelo explicar, al final lo entenderías… y más cuando la veas.
- Dios quiera que no tengamos que arrepentirnos…
- Seguro que no. Mila rezará también contigo para que todo vaya bien. De ese modo, podremos pagar su dote y lo que haga falta.

Dos días más tarde, a mediados de marzo, rodaba el carro hacia Tordesillas, cargado con todo lo necesario. Pusieron en el fondo varios costales de grano para sembrar y para alimentar a los caballos, más víveres y algunos aperos que necesitarían. Puso unos enormes costalares de mimbre, que él mismo había tejido años atrás, con los que había conseguido multiplicar por diez la capacidad de carga del carro para paja o

cargas livianas. Allí cargaron alfalfa seca para los caballos y, encima de todo, una gruesa carga de paja muy bien pisada.
Salió el abultado carro antes del alba, con los dos caballos tirando de una carga mucho más pesada de lo que pudiera parecer para una carga de paja, aún con aquellos costalares. Pero los animales estaban descansados y bien alimentados; de manera que la velocidad resultó superior a una legua por hora. En terreno llano o en bajadas, Rosalía y Victoria trepaban a lo alto, sobre la paja, descansando y admirando una interminable meseta tachonada de verde y amarillo. En las subidas, los tres empujaban el carro ayudando a los caballos.

Al pasar por el fielato entre León y Valladolid, en mitad de una subida pronunciada, les paró la guardia civil en busca de estraperlo, oculto bajo la paja.

- A los buenos días.
- Buenos los tengan ustedes.
- ¿Qué lleva usted ahí en ese carro? –preguntó el cabo.
- Ya lo ve: Paja y alfalfa para los caballos –contestó.
- Paja ¿eh?, ya veo; pues, para ser sólo paja…, mucho me parece a mí que les cuesta subir a los caballos.
- ¿Y cómo quiere usted que vayan? Venimos desde La Bañeza, sin parar hasta ahora: ya van reventados… Además, no se pueden imaginar ustedes la cantidad de paja que llevamos con los costalares que llevo instalados. Y también va alfalfa para los caballos que es más pesada…: Véanlo ustedes mismos –y examinaron y admiraron aquella construcción de mimbre durante un rato, mirando todo alrededor por si descubrían algún indicio sospechoso y comprobando lo pisada y prensada que estaba realmente aquella paja.
- ¿A dónde van?
- A Tordesillas. Somos labradores y vamos a cultivar unas tierras allí.
- Bueno, bueno; siga, pero no vaya usted a reventar esos buenos caballos de verdad.
- No, si ya pensaba dejarles descansar al final de la cuesta, que este trozo es lo peor. Arriba, ya les desengancharé y les daremos de comer y de beber.
- Está bien. Sigan ustedes con Dios.
- Que Él siga también con ustedes.

Rastralló su látigo y arreó a los caballos que, algo repuestos por la parada, arrancaron cuesta arriba mejor de lo que se temía su amo, ayudados por Rosalía y Victoria empujaban con todas sus fuerzas desde atrás.

Pararon efectivamente a descansar al final de la pendiente: Los caballos lo necesitaban. Calzaron el carro con grandes
piedras y los desengancharon, apoyando las varas del carro sobre sus tentemozos. Les dieron de beber un caldero lleno de agua a cada uno. El agua salió de un tonel que llevaban fijado bajo en la delantera del carro. Luego les dejaron pacer la hierba de la cuneta.

También los amos sacaron sus fiambreras y comieron y bebieron a la sobra del carro. Ya se daban cuenta de que no podrían llegar a Tordesillas

en el día. Así que siguieron hasta Villardefrades donde pasaron la noche al raso, debajo del carro y encima de unos jergones y cubiertos con unas mantas que llevaban.

Madrugaron y siguieron directamente hasta la finca, sin entrar en Tordesillas ni molestar a don Felipe (el don se lo dieron ellas) ni abusar de su hospitalidad; así que decidieron estrenar la casa, conscientes de que tendrían que trabajar de lo lindo.

Camilo calzó bien el carro debajo de la ventana que daba al pajar y desenganchó a los caballos. Los llevó al arroyo y buscó una zona donde el agua se remansaba. Comprobó que estaba limpia y libre de sanguijuelas y les permitió beber. Los animales decidieron que era perfectamente potable, dada la ansiedad con la que bebieron. Luego los dejó pastando en la cañada, atados a una estaca que clavó en mitad de una zona tapizada de hierba primaveral. "Lía y Tori, necesitarán agua", pensó. Así que volvió al carro y descolgó un par de calderón que llevaban por debajo y volvió a llenarlos al arroyo. Se fijó bien de nuevo en su calidad y les llevó el agua; también les indicó dónde pedían ir a por más cuando la necesitaran.

Trepó luego a lo alto del carro y empezó a descargarlo, empezando por la paja que fue lanzando por la ventana dentro del pajar. Cuando ya había vaciado la mayor parte, quitó el costalar de mimbre del lado de la cuadra y descargó allí el resto de la paja que serviría de cama para los caballos. Por último, desmontó los otros tres costalares y descargó la alfalfa, el grano, los aperos y las provisiones. Aquello último era lo más pesado y venía en la caja debajo de todo. Lo guardó en la segunda cuadra que, de momento, les serviría como almacén.

Estaba agotado y sudoroso; y eso que ya refrescaba. Pero no se dio respiro y siguió limpiando y engrasando el arado de vertedera, dejándolo listo para comenzar a roturar. También hizo lo mismo con uno de los arados romanos que necesitaría para sembrar.

Ya era casi de noche cuando volvió al arroyo para lavarse. Recogió los caballos y los ató a sus pesebres, con una ración de alfalfa seca: Los necesitaba bien alimentados para roturar y sembrar a la mañana siguiente.

Apartó a mano el carro de la casa y entró en la cocina. Se llevó una agradable sorpresa. Rosalía y Victoria habían hecho un gran trabajo: La casa, que recordaba sucia y desordenada tras tantos años de abandono, le parecía ahora rejuvenecida: Habían eliminado telarañas, limpiado el polvo y fregado el suelo, que estaba como nuevo. Además, habían encendido fuego en el hogar y el ambiente de la cocina comenzaba a templarse agradablemente. "La chimenea tira bien", comprobó. "Al menos, no pasaremos frío en invierno".

- Buen trabajo, hijas, buen trabajo.
- Lo hemos hecho lo mejor que hemos podido –dijo Rosalía- Pero arriba no nos ha dado tiempo para hacer nada…
- Sois un tesoro: Lo habéis hecho de primera. La casa parece mucho mejor de lo que me pareció al verla.
- Pero no queremos usar los catres y los somieres que hay arriba, no vayan a tener chinches u otros bichos – añadió Victoria.

- Ya los rociaré con “zotal” para desinfectarlo cuando pueda. Pero ahora, con lo cansados que estamos, dormiremos como troncos sobre los jergones aquí en el suelo de la cocina. Lo de arriba puede esperar. Con lo que no podemos retrasarnos ni un solo día es con la sementera.
- También estamos preparando la cena…
- Ya veo. Sois una maravilla. –Y sonreían ellas, llenas de satisfacción porque su padre raramente les agasajaba con tantos cumplidos.

Lo eran de verdad. Cenaron gustosamente un guiso a base de cecina y patatas, más pencas de cardo que Victoria había ido a buscar por la cañada. Después de las comidas de fiambrera, una cena caliente les supo a gloria bendita. La vieja mesa y las sillas de paja estaban un poco desvencijadas; pero eso también podría esperar y repararse; porque Camilo sabía hacer realmente de todo.

- Mañana empezaremos a sembrar.
- Pero primero tendrá que roturar, ¿no?
- Claro; mañana temprano empezaré a roturar; y ya por la tarde, pasaré el arado romano para hacer surcos y sembrar. Así cada día, todo lo que se pueda, porque ya vamos justos, incluso para la siembra de primavera.

Quedaron dormidos casi en el mismo momento de dejarse caer sobre los jergones, tan cansados como estaban.

A la mañana siguiente, después de dormir a pierna suelta, lo veían todo con más optimismo y con unas perspectivas más prometedoras, ¿o no?

8- El año del hambre.

Desde la guerra, el hambre se había generalizado en aquella España empobrecida, mucho más de lo que nos podamos imaginar los afortunados del llamado estado de bienestar. Pero aquel 1.945 parecía ser el peor de todos.

Camilo enganchó los caballos al arado de vertedera y comenzó el duro trabajo de roturar lo más hondo posible. Nada más empezar, se derrumbó toda la ilusión que le animaba. Se dio cuenta inmediatamente de que el suelo no tenía tempero suficiente: que la capa de tierra húmeda por arriba no tenía más de dos palmos de profundidad. La escarcha del invierno y el rocío de la primavera ofrecían una apariencia engañosa: Por debajo, la tierra parecía dura como el cemento. Ese año estaba siendo especialmente seco, después de los dos anteriores, también muy parcos en lluvia.

El arroyo, que según le había dicho Felipe, solía llevar bastante agua hasta finales de abril, ahora llevaba mucho menos que cuando lo había visto sólo unos días antes; y estaban tan solo en marzo.

Temió lo peor: Si no llovía pronto, sería inútil sembrar unos campos de secano con una tierra tan reseca: el grano no llegaría a germinar o, si lo hacía, se agostaría de forma prematura, antes de llegar a granar.

Así que dejó a los caballos y se sentó sobre el talud, pensativo y decepcionado: Todos sus planes parecían derrumbarse en un momento como si de un castillo de naipes se tratara frente a un vendaval. “Adiós a la doble cosecha que he prometido en casa”,
pensaba amargamente. “Tampoco parece que quiera llover”, protestó mirando al cielo. “Desde luego, no voy a tirar el grano que hemos traído para sembrar; eso sí que no”, seguía cavilando mientras miraba los campos ya sembrados alrededor, que ya daban claros síntomas de sed, mustios y amarillentos.

Pensó volver cabizbajo a Genestacio y enfrentarse al fracaso de unos planes que tan entusiásticamente había explicado a su mujer y a las gentes del pueblo. Lo tenía ya asumido, derrotado, cuando sus ojos se clavaron en el fondo del arroyo y se le iluminó la cara de repente: Saltó como movido por un resorte:

- Agua, agua es lo que necesito –gritó a los pájaros que rondaban por los almendros- No es mucha la que corre, pero es agua, agua…: no dejaré que se pierda ni una sola gota -siguió explicándose a sí mismo, mientras corría hacia la casa, sin desenganchar los caballos del arado.

Entró en la segunda cuadra donde había un par de palas, azadones y un pico; todo muy oxidado, pero servirían. Lo sacó todo y llamó a las chicas que estaban ahora aventurándose por el piso de arriba.

- Tori, Lía, bajad enseguida.
- ¿Qué pasa? Pensábamos que estaba roturando –se asomó Tori por la ventana.
- Lo estaba intentando; pero es imposible porque la tierra está seca como un ladrillo por abajo. Tenéis que venir conmigo ahora mismo.
- ¿Para qué? –preguntaron con la decepción pintada también en sus caras.
- Os lo explico por el camino; pero ayudadme a llevar todas estas herramientas.

Y les habló de su plan de emergencia, mientras las conducía a la parte más alta de la finca, lindante con el arroyo. Allí empezaron a cavar una zanja en el talud de su lado. Iban echando toda la tierra sobre el cauce, por detrás de la abertura que iban profundizando. El agua comenzó a remansarse al topar con la presa que crecía, mientras que la zanja se hacía cada vez más profunda. Pronto comenzó a fluir el agua por la hendidura, en dirección a la tierra sedienta. Enseguida comenzó a discurrir lentamente como un manto de agua.

- Utilizad los azadones y las palas para dirigir el agua lo más lejos posible del arroyo y que vaya empapando la mayor extensión posible. Yo volveré con los caballos y un arado para hacer surcos y llevar el agua más lejos aún.
- Sí, porque tiende a seguir por la misma pendiente del arroyo -dijeron ellas, que habían comprendido muy bien la situación y la intención de su padre.

Con ayuda del arado, construyeron caballones y regaderas para dirigir el agua lejos e inundar la mayor superficie posible, y no sólo la franja que seguía paralela al arroyo. Al menos, toda la extensión así remojada podría

acumular humedad suficiente para sembrar con posibilidades de éxito, pensaban.

Fue un acierto que les libró del desastre. El agua, aunque escasa, entrando día y noche a la tierra, y dirigida hábilmente, llegó a empapar bien unas siete fanegas antes de que, unos ocho días más tarde, se secara el arroyo definitivamente. Esa zona sería la única que sembrarían, empezando por lo que primero habían inundado.

Sembraron trigo y cebada de primavera. Germinarían bien, eso seguro; y el veterano labrador confiaba en que llegaría también a granar, gracias a la humedad acumulada más en profundidad. También plantaron un pequeño huerto en un rincón con algunas hortalizas y un pequeño melonar.

A primeros de abril, y aunque seguía sin llover, todo lo sembrado ya había germinado y crecía a buen ritmo, en contraste con la sequedad circundante.

Sí, aquel fue "el año del hambre": el peor, dentro de la prolongada época de hambruna en España, especialmente en Castilla, donde las cosechas fueron apenas de una quinta parte de la media, debida a la pertinaz sequía que no parecía remitir.

La nueva noria de Felipe funcionaba todo el día, e incluso de noche, cuando había luna para poder dirigir el agua. Aun así, el nivel del agua no bajaba apenas. Él sí que tendría una buena cosecha. La de Camilo prometía ser regular: muy buena en la parte más empapada, en la franja paralela al arroyo, y algo menos, a medida que lo sembrado se alejaba hacia la parte seca que seguiría de barbecho.

- Tienes que cavar un pozo – le repetía Felipe una y otra vez-: es la solución.
- Ya, pero eso cuesta dinero, Felipe...
- Lo pagarás de sobra en un año, y tendrás buenas cosechas seguras durante muchos años más. Ya ves cómo está mi finca en las veinte fanegas que he podido regar. Pero es que, además, podrás rotar los cultivos entre los cereales con patatas, alfalfa, maíz… lo que quieras. Y no tener que alternar entre sembrar y barbecho cada año.
- Sí, si ya sé que tienes razón. Pero es que no puedo endeudarme más.

- Vete a la caja rural con las escrituras; seguro que te concederán un crédito y podrás devolverlo con la cosecha siguiente.
- Ya había pensado en eso, ya; pero… ¿Y si cavamos el pozo y no da agua?
- Si haces venir de La Bañeza a los que hicieron el mío, la encontrarán. Ellos saben mucho de eso: huelen el agua que hay por abajo y cavarán el pozo en el sitio mejor, quizás en la misma veta de agua que el mío.
- Tampoco quiero seguir con la familia dividida así.
- Claro. Véndete ya aquello y tráeles aquí. Todos juntos podréis cultivar toda la finca. Tampoco puede durar esta sequía; pero si tú tienes el pozo, lo tienes todo seguro, llueva o no.
- No sé, no sé. Tengo que cosechar lo de aquí y ver lo que sacamos en total, juntándolo con lo de Genestacio. Además, me costará mucho

arrastrar a Marta para aquí.

- Eso seguro. Pero Rufina te ayudará. Ella también sufrió y dudó mucho, pero ahora está feliz. Cuando venga Marta y vea nuestra casa en Tordesillas, seguro que cambia de opinión.
- Es que ha sido muy mala suerte la nuestra… Y yo que pensaba sembrar al menos la mitad de la finca…
- Peor lo han tenido los que se han arriesgado y han sembrado pensando que llovería. Ahora lo tienen todo perdido. Ellos sí que lo van a pasar mal. Tú fuiste muy listo al desviar el agua del arroyo a tu finca. Esa agua bastará, aunque ya no llueva nada.
- Dios te oiga; porque si no sacamos nada, esto sería nuestra ruina.
- No, Camilo. Eso no va a pasar. La culpa es sólo de esta sequía; pero esta situación es anormal y no puede durar siempre… Muchos van a pasarlo mal este año, eso sí.

Mal, sí, muy mal. Hubo tanta hambre o más que en los peores años de la guerra. Y lo peor es que no se podía hacer nada contra la tacañería de unas nubes que, las pocas veces que se dejaban ver, nunca descargaban su carga sobre aquellas tierras tan resecas.

Felipe tenía razón, Camilo y sus hijas lo sabían bien; pero ¿de qué les serviría ahora? La realidad es que ni tenían pozo ni llovía ni corría más agua por el arroyo. Ahora tenían que ir a la alberca de Felipe, junto al pozo, para traer el agua que necesitaban para su propio consumo y para los caballos. Él había llegado un año antes, también con sequía, pero sin arrastrar deudas; y había hecho el pozo enseguida. Ahora se estaba haciendo rico: su cosecha sería de las mejores en muchos kilómetros a la redonda. “Para el año próximo, con pozo o sin él, aprovecharemos el agua del arroyo desde que empiece a correr y empapar bien toda la tierra que podamos”, se propuso Camilo.

Mientras tanto, en Genestacio, la cosecha prometía ser sólo regular. Marta trabajaba sin descanso y contó con la ayuda de los niños, tan niños, y familiares y vecinos. Pero la sequía les afectaba también allí, pese al regadío: El rio Jamuz iba casi seco. Tuvieron que regar de día y de noche, aprovechando el escaso caudal que llegaba por la acequia y la del pozo y la noria que tenían en Genestacio.

Camilo, todavía en Tordesillas, se devanaba los sesos. Calculaba que, aun sufriendo ese desastre nacional de la sequía, sumando las dos cosechas mermadas, el resultado llegaría a ser algo mejor que el de un año normal cultivando sólo en Genestacio. Si fuera así, bien hubiera valido la pena. Claro que aún no habían cosechado y no podría demostrarlo, por más que el aspecto de lo sembrado parecía tener buen aspecto. La cosecha de aquí compensaría la merma de la de Genestacio, pensaba. Esa era su principal baza y argumento.

9- Con el sudor de tu frente.

Con ese convencimiento, y con poco más que hacer allí, con lo sembrado desarrollándose con normalidad, Camilo decidió volver a Genestacio a mediados de abril y trabajar allí todo lo que hiciera falta. Luego, en la época de la siega, regresarían, trasladando todo lo que cupiera en el carro para hacer la cosecha y acondicionar bien la casa en ambas plantas, de cara al traslado definitivo.

Antes de salir, regó con "zotal" toda la parte de arriba y la segunda cuadra para desinfectarlo todo bien. Así, para cuando regresaran, se habría disipando el olor acre y desagradable que desprendía el producto. Porque, ese mismo año, tendrían que instalarse todos en esa casa, usando cada rincón de las dos plantas, y les tocaría estar bien apretados.

Temía tener que afrontar otra discusión, o varias, con su mujer; pero ¿de qué serviría aplazarlo? Al fin y al cabo, llegaría con noticias relativamente buenas comparado con lo que se veía por los alrededores: Lo que habían sembrado crecía sano, en contraste con los campos a su alrededor.

- Habrá mucha hambre este año, Marta. A la vuelta, hemos visto todos los campos agostados: no habrá nada que segar. Nosotros, en cambio…
- Pero, ¿tú crees que el sacrificio que hemos hecho vale la pena?, ¡separar a la familia y haciendo trabajar a los niños como personas mayores…!
- No, de ninguna manera. No quiero seguir separando la familia. Por eso vamos a vender lo que tenemos aquí, pagar todas las deudas, hacer un pozo en la finca como Felipe e irnos todos para allá. Eso nos sacará del atolladero. Hasta Rufina está encantada ahora con el cambio.
- Yo no me quiero ir de aquí –protestó ella tozuda.
- Pero no hay más remedio, mujer. Sin las cien heminas de grano que yo calculo que cosecharemos allá, lo pasaríamos muy mal con sólo lo de aquí, que todo lo veo medio mustio y decaído.
- Miedo me dan tus cálculos y todas las heminas que esperas de allá. Quiera Dios que no traigas con ello la ruina para esta familia.
- La ruina está aquí. –dijo levantando la voz y se contuvo de decir lo que le pasó fugazmente por la cabeza "la ruina la trajiste tú"; se mordió la lengua y siguió argumentando, repitiendo el eterno guion-: Desde el incendio estamos endeudados hasta los ojos, sin poder devolver más que unas migajas cada año y privándonos de todo. Nuestro futuro está allá. Piénsalo y no seas cabezota por una vez.

Salió dando un portazo para cortar aquella conversación que llevaba camino de envenenarse. Por suerte, esta vez tanto Rosalía como Victoria, que solían ponerse del lado de su madre, salieron esta vez en favor de su padre. Habían trabajado mucho codo a codo con él en aquella tierra que ya consideraban suya: mucha y buena tierra, explicaban.

También admiraban a su padre y su rápida reacción con el agua del arroyo. Todo lo sembrado a su alrededor se había perdido sin remedio, excepto lo de D. Felipe y lo que ellas y su padre pudieron remojar a tiempo. La idea de aprovechar el agua del arroyo parecía ahora muy

lógica y natural; pero a nadie se le había ocurrido hacerlo, y toda el agua que llevaba fue para ellos: Una magnífica iniciativa que les permitiría sacar algo de aquel campo estéril por falta de lluvia.

Eso, explicado por las niñas, resultó mucho más convincente para su madre que todos los argumentos que su marido, labrador curtido, le hubiera podido ofrecer.

También la frenó mucho la alusión a las consecuencias de las deudas por el incendio, siempre temerosa de que se le echara a ella la culpa de la penosa situación por la forma como se inició el incendio; cosa que, desde luego, no merecía en modo alguno.

Camilo por su parte, y después de indagar un poco, consiguió localizar en Benavente a los poceros que construyeron el pozo de Felipe.

- Así que usted es ahora vecino de D. Felipe en Tordesillas.
- Sí. Nuestra finca linda con la suya en su mayor parte. Por eso pensamos que como su pozo mana tanto…, haciendo uno cerca del suyo…
- Eso no garantiza nada. Las vetas de agua no siempre van en línea recta.
- ¿Entonces…?
- Tenemos que ir y estudiar el terreno antes de cavar. Casi siempre lo acertamos; pero tampoco lo podemos garantizar. Y sí que es buen síntoma el hecho de que a Felipe le mane tanta agua cerca de su finca; pero, ya digo, las vetas subterráneas son caprichosas.
- ¿Pero si me arriesgo y no encontráis agua?
- No haríamos el pozo. Al poco de profundizar, la tierra que vayamos sacando nos irá diciendo si hay agua o no algunos metros más abajo.
- Pero si aun así no sale agua…
- En ese caso, no le cobraremos más que nuestra manutención y el material que necesitemos. Si no creyéramos que tiene agua, se lo diríamos enseguida y no empezaríamos a cavar… Nuestro trabajo consiste en encontrar agua, no en trabajar y fracasar.
- ¿Cuánto pueden tardar en hacerlo?
- Si todo va bien, en un mes o poco más; y dejando el pozo con las paredes recubiertas de cemento, igual que el de don Felipe.
- ¿Cuánto me puede costar?
- Alojamiento y manutención el tiempo que estemos allí, más los materiales. Por nuestro trabajo, cobramos unos siete mil a nueve mil reales, según la profundidad y el tiempo que tardemos.
- ¿Cuándo podrían empezar?
- En cuanto terminemos éste que acabamos de empezar aquí en Benavente y otro en La Bañeza. Digamos que a primeros de julio.
- Tendría que esperar a vender la cosecha para poder pagarles. A lo mejor convendría que empezaran algo más tarde, en septiembre u octubre, cuando consiga el dinero.
- Como usted prefiera. Pero en invierno no se puede trabajar; tampoco si se pone a llover. El verano es el mejor momento.
- Es que no puedo vender nada antes de la cosecha.
- Siendo amigo de don Felipe, podríamos fiarle.
- Se lo agradecería mucho, porque quisiera poder regar ya el año que

viene.
- Claro, claro, un pozo asegura las cosechas para muchos años y le dará mucho más a ganar: esos siete mil reales de nuestro trabajo le parecerán calderilla.
- ¿Cuánto podrían esperar para el pago?
- ¿Podría pagarnos en medio año?
- Sí, de una manera u otra, les pagaré.

Y, sin más trámites, quedó contratado el tan deseado pozo. Antes de despedirse, le preguntó el capataz:
- ¿Cuándo piensa usted volver para allá?
- En julio, a primeros de mes. Tengo que ir a hacer la cosecha allí.
- Avíseme entonces porque, en cuanto lleguen, irá a verles Pepe Topo, uno de nuestros compañeros que siempre va delante.
- ¿Topo?
- Le llamamos Topo porque es como si entrara bajo tierra, igual que un topo para saber lo que hay abajo. Es un zahorí excelente.
- Zao..., ¿qué?
- Zahorí. Tiene un don especial: Es como si olieran el agua bajo tierra. Él nos dirá dónde hay que hacer el pozo. Nunca se equivoca… También le dirá qué materiales necesitaremos. Para empezar, vaya usted cortando unos catorce o dieciséis palos de metro y medio de largo. Son para irlos poniendo dentro de las paredes de cemento como los escalones de una escalera de mano y servirán para poder subir y bajar por dentro del pozo; igual que los que vio en el de don Felipe. Córtelos ya para llevarlos secos. De fresno irán muy bien.

La cosecha en Genestacio, gracias al refuerzo de Camilo y las chicas mayores, empezó a pintar algo mejor. Se turnaban para regar de día y de noche, intentando conseguir que los campos sedientos pudieran devolverles el favor con una cosecha más abundante. Lo consiguieron en buena parte.

Precisamente, cuando los campos volvían a mostrar su mejor cara, llegó una carta de Carrizo con la buena noticia de la toma de hábito de Mila como novicia. Cambiaría su nombre de bautizo por el de Sor María de la Consolación, en religión. La fecha señalada para el evento era el 1 de julio de ese mismo 1945.

Por supuesto, todos irían para estar a su lado en un día tan señalado porque, por entonces, la toma de hábito se consideraba casi como una boda.

Así que la víspera, sábado 30 de junio, salió el carro de madrugada, tirado por la mula hacia Carrizo de la Ribera, a unas ocho leguas de distancia. Iba toda la familia vestida de fiesta. Sería una gran alegría para la nueva novicia y para toda la familia que no había vuelto a verla desde su ingreso en diciembre del año anterior.

No había sido ningún camino de rosas para Camila el poder llegar a esa meta, pese al empeño del capellán y de la comunidad que la apreciaban sinceramente. Ella misma escribiría, años más tarde, sobre aquellos días de su postulantado:

Nunca creí morir de frío más que en ese primer medio invierno que pasé

aquí, debido a que no traía apenas la ropa de abrigo indispensable para esta ribera leonesa que acaso sea la parte más fría de León. Y, por lo menos aquí, necesitamos mucho abrigo para poder protegernos del frío.

Enfermó seriamente con una obstrucción intestinal. Estuvieron a punto de hacerle volver a casa para reponerse; pero finalmente, y después de purgas infinitas, mejoró con la llegada de la primavera; a tiempo para hacer los ejercicios espirituales y prepararse para la ceremonia de su entrega a la vida religiosa. Acababa de cumplir sus quince años, edad mínima requerida por el Derecho Canónico para entrar en el noviciado.

Ella misma, desde la huerta donde trabajaba, reconoció el ruido del carro de su casa que llegaba. Saltó de alegría como una niña y corrió a contárselo a la Madre Abadesa. Como todavía era seglar, le permitieron ir al portón de la huerta, que abrirían para guardar el carro y los animales; porque, además de la mula, traían también la cabra que sacrificarían para el banquete: No querían que su visita resultase gravosa para la comunidad, ni para don Juan, al que todavía no habían podido devolver ni un solo real de la dote que les había adelantado.

Allí pudo abrazar a todos y explicarles su decisión y su gran ilusión de abandonar para siempre el mundo y sus peligros para consagrarse sólo a Dios. Abrazó también a la vieja mula, la que tantas veces la había tirado al suelo, cuando la montaba; y a la cabra, pesarosa de que la fueran a matar para la fiesta. Luego, les pidió noticias sobre la abuela Valentina y de cada miembro de la extensa familia que no había podido venir a acompañarla. Quiso también saber todo sobre Tordesillas: la finca, lo que habían sembrado allí, los caballos, los animales del corral… Todo lo que oía le causaba profundo interés y alegría, como si todo ello formara parte de sí misma; precisamente ahora, cuando iba a renunciar a todo para siempre.

Lloraron de emoción durante la emotiva ceremonia en la iglesia, donde Camila fue despojada de sus ropas mundanas para vestir el austero hábito de hermana lega del convento cisterciense y recibir su nuevo nombre en religión: Sor María de la Consolación, como habrían de llamarla desde ese mismo momento. Siguió después el generoso banquete, gracias a la carne de la cabra y las verduras de la huerta conventual.

Casi no hubo tiempo para más. Tenían que llegar a casa antes de la noche. Así que estuvieron un largo rato despidiéndose, ella ya desde detrás de las rejas de la clausura, sin poderse abrazar, ni siquiera tocarse. "Adiós. Hasta cuando Él quiera"… porque nadie sabía cuándo podrían volver, ya que Tordesillas estaba mucho más lejos.

Ya en el carro, arrearon a la mula porque el tiempo de la cosecha apremiaba, tanto allí como en Tordesillas. Durante el viaje, todos comentaban lo guapa que estaba Mila, perdón, Sor María de la Consolación con su hábito pardo de hermana lega…; aunque todos convenían en que hubiera estado todavía mucho más guapa con el hábito blanco de novicia de coro. Pero sabían de sobra que eso no podía ser de ninguna manera por la enorme dote que necesitarían pagar: como doce veces más que la de hermana lega. También se hacían apuestas sobre si se quedaría allí realmente para siempre o terminaría volviendo a casa,

sobre todo al conocer lo malita que había estado. Pero, por otro lado, se la veía tan feliz allí… "El tiempo lo dirá", convinieron todos, salvo su madre que daba por seguro que seguiría allí el resto de su vida, ayudándoles con sus rezos.

Sobre su cambio de nombre nadie sabía dar una explicación convincente. ¿Qué tenía de malo el nombre de Camila? ¿Por qué un nombre tan largo como Sor María de la Consolación…? Allí, sobre el carro, decidieron seguir llamándola Mila como siempre. Al rato, por no contradecir a las leyes de la iglesia, consensuaron en llamarla Consuelín, nombre que les gustó a todos y se correspondía con el que le habían puesto. En la práctica, siguieron llamándola Mila o Consuelín o Sor Consuelo, según les saliera.

El lunes comenzaron con la cosecha de la cebada, algo más temprana, y dejaron todo en marcha para continuar con la cosecha; porque Camilo y las dos chicas mayores tenían que volver a Tordesillas para hacer allí lo mismo, porque la cosecha ya debería estar a punto también allí.

- No te sofoques, Marta –trataba de tranquilizarla su marido-. Sabes que puedes contar con la ayuda de cualquiera de los familiares que se nos han ofrecido: ya encontraremos la manera de devolverles el favor.
- Sí, claro, tú todo lo ves fácil; pero es que cada uno de ellos tiene sus propios problemas… y yo aquí sola, con los niños tan pequeños…
- Lo sé, tienes razón. No será fácil; pero nosotros, en cuanto terminemos allá, vendremos para aquí para acelerar lo que se haya podido retrasar. Si te hace falta, contrata algún jornalero, que no faltan por aquí.
- Eso sería lo peor, porque tendría que pagarles y no sé con qué dinero.

- Ya; pero sería mucho peor si se pierde una parte de la cosecha. Eusebio, el herrero, te prestará el dinero que necesites: ya he hablado yo con él sobre lo del jornalero y del dinero que puedas necesitar.
- Eso también me da mucho miedo: deudas y más deudas.
- No te desesperes, mujer; contaremos con dos cosechas; así que confía en que pronto podremos respirar y devolver lo que debemos. Pero ahora no podemos dejar perder lo que hemos sembrado, ni lo de aquí ni lo de allá.
- Ya, claro. Quiera Dios que todo aquello que dejasteis no se haya perdido también por la sequía.
- Yo creo que no; de todos modos, cuanto antes terminemos allá antes volveremos para aquí y sacar adelante todo esto. Nos iremos mañana, en cuanto empiece a clarear. Si tardamos en volver, piensa que será buena señal, porque la cosecha de allá habrá sido buena. No dudes en contratar a algún jornalero para ayudarte. Cuenta con Eusebio que nos aprecia y te dejará el dinero con mucho gusto.

No era fácil no, para la esforzada mujer. Porque, además del cereal, que habría que segar, trillar, aventar, cribar y guardar, tenían plantaciones de patatas, alfalfa, maíz, remolacha, el huerto… Todo eso necesitaba mucha agua; agua que cada día llegaba más escasa por la acequia y se tendría que regar de día y de noche. Pero Camilo sabía bien que era una

luchadora incansable y que nadie mejor que ella podría defender lo que les quedaba allí. También contaba, aunque no lo mencionó, con Samuel de ocho años y medio y Verónica, con poco más de siete, que le ayudarían dentro de sus posibilidades, ahora que ya no había escuela.

Así pues, en aquella madrugada de aquel tres de julio de 1945, volvía a rodar el carro hacia Tordesillas, lleno hasta los topes de los costalares de mimbre. Llevaban patatas, judías, garbanzos, tocino, chorizos, una paleta de jamón, algunos aperos, muebles, etc. Encima de esa carga más pesada, cargaron más paja y toda la alfalfa seca que pudieron echar. Sobre la alfalfa iban Rosalía o Victoria, o las dos cuando el terreno era llano o cuesta abajo. Porque también se llevaban a Pedrín, dejando así más desahogada a su madre. Rosalía le había añorado enormemente durante el tiempo en que se tuvieron que separar. Era ella la que más se ocupaba de él desde que Camila se fue al convento: Se sentía tan feliz cuando el pequeño le llamaba mamá con su lengua de trapo… Ahora se desvivían las dos hermanas por él, rivalizando por el turno de trepar sobre la alfalfa y jugar con su hermanito.

Rosalía y Victoria, además de ayudar a su padre y cuidar del niño, llevaban la misión de habilitar toda la casa para después del verano, cuando toda de la familia tendría que mudarse allí, su madre incluida, que no terminaba de asimilarlo y para quien, todos lo sabían, sería un trago muy amargo.

Habían madrugado con la intención de llegar a la finca al final de la tarde, aunque dudaban de poder hacerlo. Los caballos habían comido lo que habían querido en los días anteriores y se sentían frescos y briosos; por eso los habían reservado y engancharon la mula al carro para el viaje a Carrizo. Ahora, si no era cuesta arriba, se ponían a los caballos al paso y al trote, con lo que se sacaba una media de casi legua y media a la hora; pero cuesta arriba, la marcha resultaba mucho más lenta.

Era una gran paliza para cualquier persona; pero, mucho más, para un niño de menos de dos años, confinado todo el tiempo allá en lo alto del carro. Naturalmente, a menudo le daba por protestar llorando. Sin saber qué más hacer y agotadas todas las formas de jugar y distraerle, se les ocurrió darle caramelos… No caramelos normales, no, que no los tenían: Hacían una pequeña canica de alfalfa y se la daban diciéndole:

- Melo, melo, te hemos traído un caramelo. Toma, toma…

Y se lo daban y le permitían llevárselo a la boca, porque habían seleccionado previamente las hojas más tiernas y las amasaban y ablandaban muy bien entre sus manos.

Le gustaban, por más que parezca mentira: Le daba vueltas a la canica en su boquita, la ensalivaba un buen rato, la escupía y pedía más.

Al caer la tarde, estaban todavía demasiado lejos. Además, tanto los caballos como los humanos, estaban totalmente agotados. Hicieron noche en una fonda de Mota del Marqués, durmiendo profundamente hasta bien entrada la mañana, y sin prisas porque la mayor parte del camino ya estaba hecho. Reanudaron la marcha a media mañana y entraban en la finca a primeras horas de la tarde. Al llegar, comprobaron con gran alegría que lo sembrado tenía buen aspecto, mejor incluso de lo que esperaban.

Debió de llover algo en mayo, porque las espigas parecían bien granadas, casi ya a punto para la siega, sobre todo la cebada, más temprana que el trigo. Eso les animó enormemente.

Padre e hijas acondicionaron una pequeña era en una zona más ancha de la cañada y Camilo, muy habilidoso para cualquier labor relacionada con el campo, dedicó un par de días a reparar un viejo trillo que había dentro de la casa. Cuando terminó con el trillo, siguió con algunas herramientas y otros aperos necesarios para la cosecha: hoces, horcas, palas, bieldos, rastrillos, escobones, cribas, todo lo imprescindibles para llevar a cabo la tan deseada cosecha.

Felipe se ofreció para ayudarle, aunque él también estaba comenzando su propia cosecha y necesitaba todos los medios disponibles. Sí que le prestó alguna criba y un par de hoces.

- Gracias, Felipe –le dijo-; pero creo que con esto nos las podremos arreglar.
- Tienes unas hijas que valen un potosí, Camilo.
- Sí, desde luego que sí. Trabajan tanto como cualquier hombre.

Así lo era en efecto. La cosecha resultaba un trabajo agotador, inimaginable sólo unos cuantos años más tarde, cuando llegaron las segadoras, las aventadoras, las trilladoras y, finalmente, las enormes cosechadoras. Pero entonces, todo se tenía que hacer a mano y había que sudar y planificar el trabajo de cada día con meticulosidad.

Tanto Rosalía como Victoria, sabían segar con la hoz, pero su padre sabía que tenían otras muchas tareas, además de cuidar a su hermanito; así que no tuvo más remedio que contratar a tres jornaleros como segadores. Así podrían acelerar lo más posible y volver cuanto antes a Genestacio y ayudar allá.

Los segadores, con Camilo a la cabeza, comenzaban su trabajo bien temprano: era la mejor hora para la siega porque el relente de la noche mantenía los tallos menos quebradizos, evitando que se troncharan y se perdieran algunas espigas. Trabajaban deprisa, antes de que el sol comenzara a quemar, y dejando detrás largas hileras de gavillas sobre el rastrojo.

A media mañana, el amo les dejaba seguir segando y se iba a buscar el carro para cargar las gavillas. Con el carro a tope,
esparcía la mies sobre la era en capas uniformes, dejando que el sol las resecara más aún y volvía a buscar más. Necesitaba dos carros bien llenos para conseguir una capa suficientemente gruesa sobre la era para la trilla. Cuando le parecía todo en regla, llamaba a sus hijas:

- Lía, Tori, es vuestro turno –les decía-, desenganchad los caballos y enganchad uno de ellos al trillo.
- Ya vamos –y se llevaban a Pedrín con ellas. Se ponía muy contento cuando le subían al trillo. Le ponían un gran sobrero de paja para protegerlo del sol, y muy pronto comenzó a arrear gritando:
- ¡Are, are cabalito!

Su padre se volvía al tajo con los segadores hasta que, con el sol ya cerca del cénit y los tallos excesivamente resecos y frágiles, paraban de segar.

Almorzaban algo a la sombra de los almendros e iban luego a relevar a las chicas. Ellas se volvían a la casa y, entre otras cosas, preparaban la comida para todos. Era la hora de máxima canícula; pero también era la mejor para la trilla, cuando el paso incesante del trillo iba desmenuzando la paja y desgranando bien las espigas.

Después de comer, hacían una hora de siesta y vuelta a la era y al trillo, hasta que toda la mies estaba bien desmenuzada. Luego, se amontonaba lo trillado en un rincón de la era y se barría la era hacia la parva, porque el grano tendía a quedarse a ras de suelo por su peso.

El siguiente paso era el de aventar o separar el grano de la paja: otra tarea tediosa pero que permitía ver, por fin, el fruto de la cosecha. Solía hacerse al final de la tarde, ya sin tanto calor y siempre que corriera una imprescindible brisa constante. La mezcla de grano y paja se iba lanzando bien alto, mediante bieldas: La paja, más ligera, era arrastrada por el viento, mientras que el grano, más pesado, se iba amontonando a los pies. Ya sólo faltaba una última tarea: Cribar el montón de grano y librarlo de la granza y de cualquier otra impureza que el viento no hubiera arrastrado. Hecho lo cual, ya se podían llenar con la hemina los costales de grano, ya totalmente limpio y listo para el consumo.

Esas últimas tareas no resultaban tan urgentes y se iban realizando según se iba pudiendo, cuando soplaba el viento adecuado y, a menudo, cuando los jornaleros ya se habían ido para el pueblo. Así, día tras día.

Al mismo tiempo, bajo las órdenes de Marta, se estaba repitiendo el mismo esquema para la cosecha del cereal en Genestacio.

Ocho días después de empezar la siega, llegó Pepe Topo, el pocero encargado de decidir dónde cavar. Su llegada fue una grata sorpresa y causa de alegría y esperanza. Le agasajaron lo mejor que pudieron. Él, enseguida y después de conocer las lindes de la finca, se puso a trabajar por su cuenta: Empezó a recorrerla meticulosamente. Por suerte, la mayor parte estaba sin sembrar o ya segada; así que pudo caminar sin necesidad de pisar la mies que todavía esperaba las hoces de los segadores.

Se pasó todo un día, casi sin descansar, estudiando palmo a palmo cada rincón. Llevaba dos varitas de sauce, uno en cada mano, a la altura de su cintura. Las puntas libres de las varas iban atadas por delante, de manera que formaban una especie de triángulo agudo que él llevaba horizontalmente delante de él.

- ¿Para qué sirven esas dos varas? –le sobresaltaron Rosalía y Victoria, que se le acercaron curiosas, sin ser vistas por él.

- Luego, cuando descanse. Ahora no me distraigáis, por favor-, y siguió sin mirarlas siquiera y con aire de enorme concentración.

Se fueron ruborosas, presurosas, avergonzadas, como si hubieran cometido algún delito o como si un joven apuesto les diera calabazas, sin siquiera dignarse mirarlas; pero, con ello, aumentó mucho más su curiosidad.

- Es que soy zahorí –les explicó al verlas a la hora de cenar-: Tengo que concentrarme mucho para detectar una veta de agua subterránea. Las varas me avisan dónde hay agua con una ligera vibración; pero puedo

no notarla si me distraigo. Es así como decidiremos dónde hay que hacer el pozo.

- ¡Haaala…! –exclamaron ambas- ¿Podremos probar nosotras?
- Claro, buscad unas varas parecidas a las mías y las atáis igual que yo; luego probad lo que queráis. Pero es mejor que no me distraigáis a mí mientras trabajo.
- ¿Se llamas realmente Pepe Topo? –le preguntó Rosalía, arrepintiéndose inmediatamente y auto acusándose como curiosa, indiscreta o descarada.
- No, no… -rio él cordialmente-. Me llaman así porque dicen que es como si me metiera bajo tierra, como los topos, para ver dónde hay agua… En realidad me llamo José Pérez.
- Ah, bueno. Pues no sería malo eso de poderse meter bajo tierra como un topo para mojarse con el agua que haya abajo.
- No, que va, no es necesario. Es que yo la noto con las varas, sólo si me concentro mucho, claro.

Y se quedaron boquiabiertas las dos, llenas de admiración como si de un mago o un semidiós se tratara.

A la siguiente tarde, Pepe Topo lo tenía claro; y, después de cenar, se lo explicó.

- En esta finca hay varios sitios buenos para hacer un pozo. Cerca del arroyo, al lado de los negrillos, donde he clavado una estaca; allí es donde creo que hay más agua y a menos profundidad; pero es también una de las zonas más bajas de la finca. Tendrían que subir el agua a la parte alta para regar de arriba a abajo.
- Vaya. Eso sí que sería un inconveniente porque el agua no va nunca para arriba.
- Claro. Ahora existen unas motobombas que podrían hacerlo; pero son caras y tendría que hacer una canalización o poner una tubería subterránea para subir el agua a la parte más alta.
- Mal asunto, me parece a mí.
- Sí; pero es que aquí hay agua en otros muchos sitios más convenientes y con suficiente caudal para una finca como ésta, creo yo; aunque sea algo más profundo.
- ¿Dónde es eso?
- Justo detrás de la casa, a menos de cien metros de aquí y en línea con el pozo de don Felipe.
- Esa es la parte más alta. Si hay agua allí, podríamos regar toda la finca fácilmente.
- Es lo mismo que yo he pensado. Por eso he el lugar con una estaca más alta que las otras.
- ¿O sea, que hay agua en algún otro sitio?
- Sí, hay otro muy bueno, pero está al final de la finca, allá junto a lo de D. Jacinto, donde el arroyo tuerce hacia el rio. Pero pasaría lo mismo que con el primero, o peor, porque está aún más bajo y lejos de la parte alta de la finca.
- Entonces… si usted estuviera en mi lugar, ¿dónde haría el pozo?
- Detrás de la casa, desde luego; porque usted necesita el agua para

regar; y, desde allí, puede llevar el agua a cualquier punto de la finca. Las otras estacas las he clavado por si fallara este sitio, que no lo creo.

- Magnífica noticia, sí señor. Esto merece brindar por ello– y sirvió cuatro vasos de vino, incluyendo a las chicas.
- ¡Por el futuro pozo!
- ¡Por el futuro pozo!, –gritaron a coro.
- ¿Será muy profundo? –preguntó Camilo, después de reflexionar un instante y rascarse detrás de una oreja.
- Yo creo que algo más que el de don Jacinto, cosa de un metro más como mucho: A cinco o seis metros, digamos. Parece que sea la misma veta que la suya, que es muy buena. De todos modos, la tierra nos irá diciendo si hay agua y cuánto falta para llegar hasta ella.
- ¿Ah sí?, ¿y cómo es eso?
- Por el tipo de tierra que vayamos sacando, por su humedad su olor...
- Será una bendición del cielo si hay agua en ese lugar.
- Yo estoy convencido de que sí.

Insistieron en que se quedara unos días más con ellos; pero él rechazó la invitación amablemente porque había otro encargo en Alija del Infantado y tenía que reunirse con sus compañeros lo antes posible.

- Mañana temprano ensillaré mi caballo y me iré para allá. A ver si tengo la misma suerte que aquí.
- Yo le prepararé el desayuno –se adelantó Victoria.
- Muchas gracias. Eres muy amable –y se reprimió de añadir "y muy guapa".

Cuando todos ya dormían, Camilo, aunque era noche cerrada y sin luna, no pudo aguantar la tentación de buscar y encontrar la estaca clavada allá detrás de la casa, en un terreno seco y duro como el cemento. Casi salta de alegría. "Si encuentran agua en ese punto, toda la finca se convertirá rápidamente en regadío", le contó a las estrellas, "es como encontrar un auténtico tesoro".

La cosecha terminó a finales de julio y resultó mejor de lo calculado: Consiguieron 120 heminas de grano (unos 1.300 kilos), mitad cebada y mitad trigo, más o menos. También el huerto les proporcionaba algunas verduras, sandías y melones, pequeños pero exquisitos. Por otra parte, los viejos almendros junto al arroyo, prometían buenas almendras para el otoño.

Para mayor alegría, el enorme carro de los cuatro poceros había llegado poco después de marchar Pepe Topo, pillándoles en plena cosecha; así que en nada pudieron ayudar más que alojarles lo mejor que pudieron dentro de la casa, en el piso de arriba, aún sin terminar de arreglar. Pero la cosecha no admitía tregua, siempre temerosos de que una mala tormenta arruinara tanto trabajo.

También fue una suerte que los de Abastos no pasaran por allí. Se ve que aquella finca constaba todavía como terreno baldío para ellos.

10- El pozo.

Poca gente ha tenido la oportunidad de presenciar cómo se construía un pozo por aquella época. Era una técnica admirable que ha contribuido en gran manera a la reconstrucción del país y a la erradicación del hambre tras la guerra.

Alrededor de la estaca clavada por el zahorí, se marcaba un círculo de metro y medio de diámetro y se comenzaba a cavar, primero con picos y arrojando a paladas la tierra todo alrededor.

Cuando la profundidad del hoyo no permitía lanzar la tierra tan arriba, se fijaba un gran trípode sobre el hoyo, con una polea fija en su vértice por la que discurría una soga y un gran caldero atado a cada punta. Los de abajo iban llenando los calderos y los de arriba los subían y los devolvían vacíos. Así hasta que la tierra que encontraban estaba demasiado húmeda como para amenazar con derrumbarse. A partir de ahí, seguían cavando, pero estrechando el círculo, dejando las paredes inclinadas hacia dentro. Visto desde arriba parecía un cilindro seguido de un cono trucado invertido.

La tierra húmeda que subían en los calderos era analizada meticulosamente arriba: se amasaba, se olía, se sopesaba…, como interrogándole sobre qué secretos ocultaba debajo.
Cuando el capataz y el zahorí consideraban tener suficientes indicios positivos, hacían clavar a mazazos una larga barra de acero en el centro. La volvían a sacar y examinaban cómo de húmeda salía la arcilla o arena que recogían unas estrías circulares que llevaba cerca de la punta.

Si los signos seguían siendo favorables, se continuaba cavando, repitiendo lo de la barra hasta que empezara a subir agua por el agujero. Entonces, se dejaba de cavar y se le permitía fluir libremente; un par de horas más tarde se comprobaba el nivel que había alcanzado. En este caso, el agua había alcanzado como tres palmos de altura.

- ¡Enhorabuena! –vino el capataz a la era para felicitar al señor Camilo-. Ahora ya estamos seguros de que, poco más abajo, comenzará a manar agua abundante. Así que vamos a comenzar a construir las paredes del pozo para que no se nos venga encima toda la arcilla y la arena que iremos sacando a partir de ahora. Hay que actuar con rapidez, porque una tormenta nos haría mucho daño en estos momentos.
- Caramba, ¡Qué gran noticia! –saltó él eufórico - ¿Sabéis si dará mucha agua?
- Los síntomas son de que sí, pero ahora no podemos profundizar más sin construir las paredes y usted tendrá que traernos rápidamente los materiales necesarios.
- Recuérdeme lo que necesitarán.
- Unos treinta sacos de cemento y un par de carros de cascajo fino y otros dos de arena. Pero puede empezar trayendo mañana seis sacos de cemento y un carro cargado con mitad de cascajo y de arena la otra. Compre también un rollo grande de alambre grueso, más o menos como

éste, -y le dio una muestra-. Luego ya ira trayendo el resto del material.

- Antes de mediodía lo tendrán aquí.
- Estupendo. Y usted verá cómo ese hoyo de ahora empezará a parecer un pozo como Dios manda.

A la mañana siguiente, bajaron de su carro dos semicírculos de chapa que unieron con pernos, formando un cilindro de metro y medio de diámetro y ochenta centímetros de alto que situaron en el borde mismo del hoyo. Otras dos chapas, igualmente ensambladas pero de mayor diámetro, se situaron alrededor del primero. Entre ambos quedaba vacío un anillo de unos quince centímetros.

Poco después, llegó el señor Camilo con los materiales que le habían encargado. Les parecieron de buena calidad y se pusieron enseguida manos a la obra. Mezclaron las partes precisas de cemento, cascajo y arena y lo amasaron con agua hasta conseguir una pasta bien uniforme. Siguieron luego echándola a paladas en el espacio entre los dos cilindros de chapa, cuidándose mucho en mantener con precisión el espacio entre ellos. Iban también clavando en la masa blanda unas enormes grapas de varilla que habían ido cortando y doblando por sus extremos.

Dos horas más tarde, tenían ya preparado el primer segmento de las paredes del pozo. Golpearon las chapas con mazos de madera todo alrededor para asegurarse de que no quedaran huecos vacíos entre la pasta blanda. Finalmente, pusieron dos gruesos palos, ajustados en cuatro escotaduras que llevaba el cilindro interior y clavaron más grapas, sin enterrarlas del todo en el cemento; lo allanaron y lo dejaron fraguar sin tocarlo durante toda la noche.

Al retirar las chapas a la mañana siguiente, el resultado fue un sólido anillo de hormigón, posado sobre el borde del pozo, con un grueso palo fijo a cada lado por arriba.

Ahora, tocaba irlo clavarlo en el hoyo y colocar uno de los segmento de pared del pozo en su sitio. Para ello, subidos a largas escaleras de mano, dos poceros fueron socavando la tierra debajo del anillo para que se fuera hundiéndose por su propio peso. El capataz les iba indicando por dónde excavar para que bajara perfectamente vertical. Se ayudaba para ello con una plomada y un largo nivel.

Cuando el borde superior quedó al nivel del suelo, sacaron con los calderos todo el barro que se había formado abajo con la tierra que caía sobre el agua acumulada. Luego, construyeron un nuevo segmento de hormigón sobre el anterior, dejándolo fraguar y clavándolo después por el mismo procedimiento. Así, hasta cinco segmentos que, al enterrarse, fueron formando un gran tubo, con sus palos de parte a parte, a guisa de escalones. Al enterrarse el quinto de los segmentos, el borde inferior del primero se asentó en el fondo. En ese momento, ya era más el agua que manaba que la que se podía extraer con los calderos. Al poco de subir el pocero que cargaba los calderos, el agua fue subiendo lentamente hasta alcanzar casi un metro de altura.

Camilo se acercaba dos o tres veces al día para mirar o ayudar, cada vez más entusiasmado. “Esto ya parece un pozo hecho y derecho”, pensaba, “con sus palos para poder bajar y subir cuando sea necesario”,

se felicitaba. Por eso, se sorprendió cuando el capataz le bajó de su nube, desde donde lo veía ya casi todo hecho:

- Bueno, señor Camilo, ya pasó lo malo; ahora falta lo peor. A partir de ahora hay que instalar la bomba y seguir profundizando, con el agua a la altura de las rodillas, hasta conseguir el mayor caudal posible.
- ¿Y eso es lo peor? –le replicó tan extrañado como radiante-: será lo mejor, creo yo.
- Sí, lo es; pero es la parte más delicada porque, a partir de ahora, no sabemos bien qué es lo que estamos pisando en el fondo. El que trabaje abajo irá siempre atado con una soga a la cintura, por si acaso.
- Eso no es problema, me parece.
- Puede serlo, sí, puede serlo. Tenemos que instalar la bomba y ser capaces de sacar toda el agua que vaya manando para dejar trabajar al de abajo; cuanto más mane, más tendremos que sacar con la bomba. Es un trabajo duro. Puede que necesitemos la ayuda de un par de hombres más para la bomba: con dos a cada manubrio y relevándose cuando se vayan cansando.
- No faltaría más. Mañana hablaré con Felipe a ver si me presta un par de jornaleros fuertes, ahora que la cosecha está casi terminada.
- Que no vengan todavía. Yo le avisaré cuando sea necesario. De momento nos podemos arreglar nosotros.

Con una cosecha mejor de lo esperada, y comprobada la pericia de los poceros, el experimentado labrador empezó a creer que la suerte se había decidido a sonreír de verdad a su familia; y eso en un momento de tanta sequía y ruina general alrededor.

Los poceros, construyeron el sexto anillo de hormigón sobre el anterior ya enterrado. Seguidamente, descargaron del carro una máquina poderosa, parecida a las bombas que usaban todavía los bomberos para los incendios. La ensamblaron con meticulosidad, e instalaron cuidadosamente el tubo de aspiración en el fondo del pozo; y, cuando ya había fraguado el cemento, retiraron las chapas, cebaron la bomba y empezaron a vaciar el agua acumulada: Un prometedor chorro de agua fue formando un reguero en dirección al arroyo.

El nivel empezó a bajar rápidamente y más lentamente a medida que se acercaban al fondo, hasta estabilizarlo a unos dos palmos, nivel necesario para que la cebolleta quedara siempre cubierta de agua y no cogiera aire.

Se descolgó un pocero, calzando unas botas de hule que le llegaban hasta la cintura y comenzó a llenar a paladas los calderos que subían llenos y bajaban vacíos a gran velocidad. Pronto empezó a cargar sólo arena, ya sin rastros de arcilla. En ese momento, el nivel del agua comenzó a subir más rápidamente, tanto que ya no pudo seguir, con el agua por encima de las rodillas, por más que aceleraran los de la bomba. Tuvo que subir. El capataz le explicó a Camilo:

- Mañana por la mañana, sí que necesitaremos los dos hombres más para la bomba. Abajo ya no hay arcilla sino sólo arena, que es la que trae el agua. Después la roca,
seguramente. Ojalá podamos llegar hasta la roca porque, entonces, el pozo dará su máximo caudal.

- Mañana estarán aquí. Y yo también puedo ayudar, que la cosecha ya está prácticamente terminada.
- Mucho mejor; porque cuando comience a manar tanto como espero, tendremos que sudar de lo lindo a la bomba: es la fase más dura y peligrosa.
- ¿Peligrosa?
- Sí, claro; como le decía, no sabemos bien lo que habrá debajo. A veces el suelo desaparece de golpe y el hombre se hunde, tragado por el agua que está buscando y hay que sacarlo tirando de la soga rápidamente; o, también, el nivel puede empezar a subir de repente, tan deprisa que no le dé tiempo para trepar por los palos. La bomba no podrá parar ni un segundo, sacando todo lo que mane.
- Claro, claro, –contestó entusiasmado y un poco asustado, poniéndose en la piel del que estuviera allá abajo, si se lo tragaba el agua.
- Suerte que hay sequía y estamos en mitad del verano. Esto facilita las cosas porque el caudal es siempre menor en verano.

A la mañana siguiente, cuando llegaron los poceros con el señor Camilo más los jornaleros, el nivel del agua ya había alcanzado más de dos metros. Camilo estaba radiante de alegría. El capataz puso directamente cuatro hombres a los dos manubrios de la bomba. Con ello, se dobló el caudal extraído del pozo y se vio bajar rápidamente el nivel del agua, hasta nivelarse a los dos palmos necesarios.

Bajó un pocero pequeño y nervudo, con sus botas de hule y armado con una gran pala de mango corto. Una vez abajo, comenzó a cargar los calderos como un poseso; echaba dentro una mezcla de arena y agua, que rebosaba y le llovía encima sin que él pareciera notarlo o importarle para nada.

Por más que los de la bomba aumentaran su velocidad, el nivel volvió a subir. Otro pocero, igualmente pertrechado, bajó a relevar al de abajo. También los de la bomba fueron relevándose, uno a uno, para no dejarla parar.

Continuó el proceso como media hora más hasta que, al hincar la pala en el fondo, tropezó con algo duro. Repitió varias veces la operación todo alrededor, echando toda la arena que podía en los calderos que subían y bajaban, todavía con mayor rapidez.

Pero, de repente, como si su pala hubiera retirado un tapón oculto, el nivel empezó a subir tan rápidamente que tuvo que escapar trepando por los palos, cuan rápido pudo. Con las prisas, se le enredó un pie en la misma cuerda que llevaba a la cintura y ¡plassh!: Cayó como un saco, desapareciendo bajo una masa de agua turbia de ya más de dos metros de altura.

Los de arriba tiraron de la cuerda y, enseguida, pudo él agarrarse a uno de los palos, terminando su ascensión en segundos.

- ¡Uff… Uy…, qué fría está! –tiritaba y reía al mismo tiempo, mientras sus compañeros le secaban y le envolvían con sacos.
- Enhorabuena señor Camilo, –dijo el capataz – Es lo mismo que nos pasó con el señor Felipe. Debe ser la misma veta.
- Gracias, muchas gracias.

- De nada, hombre, de nada. Es nuestro trabajo.
- Entonces, ¿usted cree que este pozo manará tanto como el de Felipe?

- Por el estilo. Ahora, hay que dejar que la altura del agua se nivele; porque, aunque más despacio, sigue subiendo.
- O sea, que ya está terminado el pozo ¿verdad? Ya podremos pensar en buscar una noria para regar.
- Sí, ya no podemos hacer nada más allá abajo. Sólo tenemos que construir una sección más como brocal. La última que hicimos ha bajado mucho y puede que baje todavía algo más. No podemos dejar el borde tan a ras del suelo y que alguien pueda caer y ahogarse.
- Claro, claro. Ha sido una suerte contar con ustedes y su experiencia…, -y se le turbó un instante la cara, al aparecerle de repente la memoria la imagen de la pequeña Lía, pataleando en el fondo del pozo de Genestacio, por falta de un buen brocal.
- Llevamos hechos más de cincuenta pozos y todos funcionan perfectamente.
- Yo ya les recomendaré por aquí…
- Muchas gracias, señor Camilo; pero raramente salimos tan lejos. Esta vez lo hemos hecho por Felipe y por su recomendación.
- ¿Se quedarán aquí algunos días para conocer el pueblo?
- Gracias, pero no podemos. Nos esperan en Alija de los Melones y tenemos que darnos prisa porque luego, en invierno o con mal tiempo, no se puede trabajar. Es en invierno cuando nosotros podremos descansar, hasta la primavera siguiente.
- De todos modos, si alguna vez vuelven por Tordesillas, ya saben dónde tienen ustedes su casa.
- Muchas gracias. Me alegro de que prosperéis aquí los bañezos. Y sé de algunos otros que se están planteando venirse también para aquí.
- Sí, sí, yo también lo he oído.
- Es que esta zona es muy buena porque lleva mucha agua por abajo. Si yo fuera labrador, también escogería esta zona.

La cena fue una fiesta aquella noche; y no tanto por las viandas, exquisitamente cocinadas por las chicas, sino por el excelente ánimo que reinaba entre Camilo, sus hijas y los poceros, que siempre celebraban con cantos y bailes cuando encontraban agua. Uno de ellos sabía tocar la armónica, mientras los otros bailaban entre ellos y cantaban. Pepe Topo sacó a bailar a Rosalía y a Victoria, con visible satisfacción para ambas. Camilo también se sumó con el cante y con el baile hasta altas horas de la noche.

A la mañana siguiente, Rosalía y Victoria seguían radiantes, comentando la suerte del pozo y lo majos que eran los poceros, sobre todo uno.

- Qué majo es ese Pepe, o Topo, -se le escapó a Rosalía, cuando su padre volvía al pueblo para indagar cómo vender la cosecha.
- Y muy guapo y fuerte y joven… No será mucho mayor que nosotras ¿verdad Lía?
- Sí, unos cuatro o cinco años más que yo, todo lo más.
- ¿Y qué me dices de esa habilidad para adivinar dónde hay agua?

¡Quien pudiera tener un don así…!

Y siguieron rivalizando en contar sus gracias hasta que Pedrín se despertó y pidió su desayuno. Le habían destetado para traerlo a Tordesillas, pero comía muy bien la sopa de leche, su principal alimento, aunque ya comía de todo.

Para el destete, su madre utilizó el protocolo habitual: se untaba con pimentón picante alrededor de los pezones para que él mismo no quisiera ya saber nada más de tetas ni de mamar. La leche la iban a comprar a la Almendrera donde tenían leche de cabra, casi regalada. Además, sabían que era mucho mejor que la de vaca para criar niños.

Aquella misma mañana, y antes de que empezaran los poceros a construir el brocal del pozo, Rosalía y Victoria hicieron acopio de agua de su propio pozo que les pareció una belleza, con el agua ya decantada, totalmente transparente y muy, muy fresquita.

- Se acabó, Tori, el tener que ir a buscar agua a la alberca de don Felipe.
- Sí, es una verdadera maravilla.
- Y fíjate qué alto está el nivel.
- Es perfecto. Y fue Pepe el que encontró el lugar exacto.
- Ya veo Tori, ya veo que ese Pepe o Topo te gusta, ¿eh?
- Que va, tonta. Soy demasiado joven para pensar en esas cosas; en cambio tú, Lía...
- Pero eres tú la que vas detrás de él y la que se me adelanta cada vez.

- Calla tonta, no digas bobadas.

Y callaron en efecto; pero fue porque ya estaban llegando los poceros para construir el brocal por el mismo procedimiento de las veces anteriores.

- Es magnífico, dijo el capataz cuando se asomó a comprobar el nivel.
- Sí, sí, desde luego. Tengo que seguir probando con las varas esas… - murmuró Victoria.
- Yo te enseñaría; pero es que la mayoría nunca notan nada; y hacen falta horas y horas practicando. Yo mismo no notaba nada al principio.
- Qué pena, con lo que me gustaría a mí tener ese don…

Y se retiraron las dos con los últimos calderos llenos, medio azoradas ambas, sin mirarse ni decir nada más hasta llegar a la casa.

Echaron el agua en el abrevadero y sacaron a beber a los caballos que encontraron el agua exquisita, apurando en un plisplás hasta la última gota. Era un placer nuevo, ése de beber tu propia agua en vez de ir lejos a buscarla.

Por la tarde, después de comer, los poceros comprobaron que el cemento ya había fraguado y retiraron las chapas del último segmento que haría de brocal. Ya antes, habían desmontado la bomba y la habían cargado en su carro junto con el resto de su material. Ahora, cargaron también los semicírculos de chapa y fueron a despedirse del señor Camilo y de sus hijas.

- Qué pena que se vayan ustedes tan pronto –se aventuró Rosalía-; se van sin ver nada del pueblo.

- Ya nos gustaría ya. Pero es que este tiempo, antes de las lluvias y el frío, es oro para nosotros. Tenemos que aprovecharlo mientras dure. Hemos tenido mucha suerte aquí al encontrar agua tan pronto y en tanta cantidad.
- Sí, sí –añadió Victoria- y que rica y fresca que sale.
- También habrá que hablar de negocios, –añadió Camilo, que llegó detrás de los poceros. Esta mañana, he estado en el pueblo buscando la manera de vender la cosecha. Como tenemos que volvernos para Genestacio a toda prisa, tendré que venderlo al precio que me den; pero así, les podré pagar sus siete mil reales; y con mucho gusto, si pueden esperar.
- No, no podemos esperar. Pero, tampoco hace falta correr, hombre. Ya le dimos un plazo de seis meses; así que…
- Lo sé, pero han trabajado tan bien y tan deprisa que quiero que sean los primeros en cobrar.
- Eso es agradable de oír. Pero no hace falta que se precipite, no vaya a malvender una cosecha que tantos sudores les ha costado. Ya nos pagará, que sabemos que es bien de fiar. Ahora, con el pozo, ya tendrá aseguradas todas las cosechas.
- Eso, tenemos que brindar por eso –y sirvió vino en los cinco vasos que tenían. Las chicas tendrían que esperar para brindar después.
- Por el pozo –dijo el capataz.
- Por el pozo –dijeron todos.
- Y que tengan ustedes siempre tanto acierto como el que han tenido aquí –añadió el señor Camilo entusiasmado y agradecido.

Acto seguido, los poceros engancharon sus dos poderosos percherones al enorme carro y salieron en dirección a León, hasta Alija de los Melones, y seguir allí con su trabajo.

Camilo, aunque hubiera podido vender fácilmente su trigo a mejor precio, tampoco tenía tiempo para esperar ni tenía ganas de correr riesgos, porque seguía siendo ilegal, por más que le aseguraron que todo estaba "apañado" con los de abastos. Así que enterró bajo la paja los costales de trigo que necesitarían para autoconsumo, y dejó a parte el grano para la siembra siguiente. Luego, llevó el resto al Servicio Nacional del Trigo, que ya funcionaba de forma bien organizada en Tordesillas. Allí le pagaron el precio oficial y tomaron nota de la existencia de la nueva explotación.

En cuanto a la cebada, guardó la que creyó que podrían necesitar y le dejó el resto a Felipe que se comprometió a vendérselo en el momento más favorable, junto con el suyo.

11. Tordesillas. Tierra de acogida.

Con todo ya resuelto allí, era tiempo de regresar a Genestacio, vender lo de allí, pagar todas las deudas que tenían con tanta gente y traer el

resto de la familia a vivir a la casa de la finca, mucho más habitable ahora, gracias al esmero de Rosalía y de Victoria.

- En un par de días, me vuelvo a Genestacio –les dijo a sus hijas, nada más irse los poceros.
- ¿Qué quiere decir con eso de "me vuelvo"? ¿Es que nosotras no vamos a ir?
- No, Llevaré el carro para cargar todo lo posible de lo que tenemos que traer allí, y a vuestra madre y vuestros hermanos. No podemos viajar tantos en un solo carro y tan cargado.
- Pero es que nosotras no tenemos ya nada que hacer aquí… -replicó Rosalía.
- Sí, Lía, sí que hay cosas que hacer.
- Pero es que a mí me da miedo estar aquí, tan lejos de todo el mundo –se quejó Victoria.
- Y no nos hemos despedido de nuestras amigas de allí ni de la familia: los primos, tíos, de la abuela Valentina… –añadió Rosalía.
- Lo entiendo, claro que os entiendo; pero es que no podéis venir… También comprendo que tengáis miedo; por eso hablaré con Felipe y Rufina. Seguro que os tendrán en su casa hasta que volvamos.
- Jooo-bar, padre; es que necesitamos despedirnos como Dios manda de todos los de allí.
- No os preocupéis por eso. Es seguro que tendremos que hacer más viajes para terminar de vender y traer todo lo de casa. Entonces me podréis acompañar, quedándose madre aquí con vuestros hermanos.
- No tardarán en volver ¿verdad?
- Lo menos posible; pero no sé cómo se nos presentarán los negocios allí. Tampoco quiero malvender por las prisas de venirnos.
- Jolines…, ya veo que no hay más remedio que quedarnos aquí y apañarnos solas. Pero, es que don Felipe, a mí me da un poco de respeto. Tori y yo preferíamos irnos con el señor Nemesio y Juliana, los de la Almendrera.
- Tampoco es mala idea, Lía. Son buena gente, están cerca y podríais hacer algunas cosas aquí que he estado pensado.
- ¿Como qué cosas?
- Espigar, que he visto muchas espigas por los rastrojos, y cuidar gallinas.
- ¿Qué gallinas?
- Las que tenemos que comprar, con un gallo. Necesitaremos huevos y pollos para el invierno. También conejos; pero para eso, hay que construir las conejeras; y eso tendrá que esperar. Ya lo haré cuando vuelva.
- Pero tampoco tenemos gallinero.
- Las gallinas pueden vivir sin gallinero. Las compraremos en el mercado o a algún vecino; puede que a Nemesio y Juliana, si les sobran. Subiremos mañana temprano a preguntar. Así podríamos hablar también de lo vuestro con ellos...
- Sí, eso nos parece mucho mejor: hemos ido muchas veces a la Almendrera y los dos son muy buenos con nosotras: Nos daban cerezas y ciruelas y lo que quisiéramos. También conocen a Pedrín y les encanta

tenerlo. Como ellos no tienen hijos…

- Yo apenas les he tratado un par de veces; pero me parecen gente de bien. Y sabiendo que os gustan más que Felipe y Rufina…
- Sí, sí: a Lía y a mí nos gustan mucho más –se adelantó Victoria.
- Pero ¿no se molestará don Felipe si se entera de que no queremos ir con él? –dudaba ahora la mayor.
- No, eso no, porque le explicaré que así estaréis más cerca, espigando por los rastrojos y organizando el gallinero… También convendría buscar un buen perro y un par de gatos, que hay más ratones que las que pueden cazar las ratoneras.

Así que, a la mañana siguiente, subieron temprano los cuatro a la Almendrera con varios temas importantes para tratar y negociar. La señora Juliana se apoderó enseguida de Pedrín y no paró de jugar con él y de enseñarle los muchos animales que tenían allí, entre ellos unos cachorros de Centella, una perra imponente y excelente guardiana. Centella lamió al niño como si lo conociera de toda la vida y él le cogió uno de sus cachorros sin que ella pusiera ningún impedimento: Ya no le soltó más, acariciándolo como si fuera parte de su familia.

Camilo y Nemesio hablaron largo y tendido y congeniaron rápidamente. El matrimonio había venido de Peñafiel. Los dueños de la finca de la Peña les habían contratado como caseros. Vivían allí en un rincón del gran caserío y al lado de la ermita de la Virgen de La Peña, patrona de la comarca. Los amos tenían, además, varios cientos de hectáreas de cultivos, la mayoría lejos de allí. Para ellos, La Almendrera era más bien un coto de caza y raramente venían por allí más que a cazar conejos, liebres, perdices y codornices; y no todos los años.

Nemesio y Juliana vivían allí todo el año y se cuidaban tanto de la ermita como de la gran casa, que debía estar siempre a punto por si aparecían los amos. También estaban encargados del mantenimiento de la Almendrera, una colina ligeramente elevada sobre la vega y plantada de almendros, que nadie cosechaba y que estaban prácticamente abandonados. Ellos no podían con tanto trabajo.

Pero tenían en propiedad cuatro cabras, muchos conejos y gallinas. También podían disfrutar de los árboles frutales que había cerca de la casa, más todas las almendras que quisieran.

Camilo les comentó su historia y lo que les había traído hasta la finca que habían comprado. Al comentar que se volvía dejando a sus hijas y al pequeño, no hizo falta alusión alguna; fue Juliana la que se adelantó como quien pide un favor.

- ¿Se podrían quedar aquí con nosotros?
- Bueno, yo había pensado llevarlas con Felipe; pero si ellas quieren…
- Oh sí padre, por favor, nos gustaría mucho quedarnos aquí.

Luego, Camilo les habló de su idea de comprar en el mercado algunas gallinas y un gallo para instalarlos ya en la finca; que también buscarían un buen perro, un par de gatos y, más adelante, conejos, cuando construyera las conejeras a su vuelta.

- Pero por Dios, señor Camilo, no tienen que ir a comprar nada de eso en el mercado. A nosotros nos sobran. Ya se pueden llevar lo que quieran,

se lo regalamos.
- No, eso sí que no. Las gallinas tienen un precio y no las aceptaré si no me las cobran a su precio habitual.
- Bueno, si insiste, las gallinas sí; pero tenemos unos preciosos cachorros de Centella. Si nadie los quiere, tendremos que tirarlos al rio. Escojan el que quieran, que ya es suyo, o dos o los que quieran. –No sabían que la elección ya estaba hecha desde el primer momento.
- Gracias, muchas gracias. A mi vuelta, también les compraré las conejas y un buen macho; y si pueden también una o dos cabras. Además, necesitaremos un par de gatos…
- Ningún problema con los conejos, que nos sobran. Sobre las cabras, las dos están preñadas y tenemos dos cabritos; creo que también lo podemos arreglar. En cuanto a los gatos, también nos sobran porque, hace una semana, parió Luna. En cuanto se desteten, se pueden llevar los que quieran.
- Estupendo, ya escogerán ellas un par, que tendrán mucha comida con la casa, llena como está de ratones.

Total, que en una sola visita, resolvieron un montón de asuntos: Además de cobijo para las chicas y Pedrín, bajaron ya con ocho gallinas, un gallo joven y el cachorro de Centella que Pedrín llevaba en brazos y que se negaba a dejarlo por nada del mundo. Resultó ser hembra. Allí mismo la bautizaron con el nombre de Leona. ¡Qué gran perra llegaría a ser, y qué acertado su nombre!

Camilo solía llevar siempre algo de dinero y pudo pagar las gallinas en el acto. Había vendido el trigo y había cobrado su precio regulado. Pero la cantidad cobrada le proporcionó más liquidez de la que había tenido en mucho tiempo.

El Servicio Nacional del Trigo pagaba poco; pero lo suficiente como para motivar a los labradores a seguir cultivando, a la espera de mejores tiempos. Algunos se arriesgaban a ocultarlo y venderlo en el mercado de estraperlo, a precios mucho más elevados; pero él no quería correr el riesgo de terminar en la cárcel y sólo guardaba la imprescindible para el autoconsumo y su orgullo de que en su familia siempre se comió pan blanco.

De tiempo en tiempo, llevaba pequeñas cantidades de trigo al molino para molerlo de incógnito. Iba siempre a altas horas de la noche, previo acuerdo con el molinero, burlando así cualquier control del fisco. El molinero no cobraba en dinero, pero se quedaba una maquila, que solía ser un 10% de lo molido.

Ya en casa, la harina se cernía con cedazos finos para separarla del salvado. Finalmente, Marta amasaba muy bien la harina con agua, más una porción de la masa anterior que guardada y servía como levadura; lo dejaba fermentar toda la noche y encendía el horno a la mañana siguiente; lo dejaba calentar hasta el punto adecuado y se barrían las brasas hacia los lados; luego, usando una pala de madera de mango largo, depositaba en el centro las porciones de masa con la forma y tamaño deseados; tapaba luego la boca del horno y lo dejaba cocer hasta que, con la misma pala, podía sacan las hogazas de pan blanco tan

calientes que no se podían tocar hasta que se enfriaran un poco. Eran grandes hogazas que se guardaban en lugar fresco y podían aguantar en buen estado hasta dos semanas.

También solía hacer unas tortas, dulces o saladas, que eran la envidia de todos los que pudieran probarlas. Era lo primero que se consumía, antes de que se secaran demasiado. El horno, cuya boca daba a la campana de la chimenea, era una de los puntos positivos de aquella cocina de la finca.

Con lo que le habían pagado por el trigo, pudo abrir una cuenta en la Caja Rural donde ingresó la mayor parte del dinero recibido. Así que no llegaría a Genestacio con las manos vacía: Llevaría un montón de buenas noticias e iniciativas para el año siguiente, con una finca tan grande, tan buena, un pozo tan generoso y, lo que era mejor, una cuenta bancaria a su favor con más dinero del que nunca recordaban haber tenido; porque siempre les tocó vivir "al día" o endeudados: Muchos y contundentes argumentos para vencer la tenaz resistencia que temía por parte de su mujer, tan casera y con tantas raíces allá en Genestacio y sus alrededores.

En la tarde previa a su salida, explicó a las chicas los secretos básicos de la avicultura doméstica; aunque ellas ya sabían mucho porque siempre habían tenido gallinero en Genestacio.

- Las gallinas no dan ningún trabajo. Pueden andar sueltas y saben buscarse la comida ellas mismas por los rastrojos. Pero, para que sientan que ésta es su casa, que hagan aquí sus nidos y vuelvan cada día, hay que mimarlas un poco al principio. Así, por las mañanas, antes de abrirles la puerta de alambre, conviene echarles un puñado de cebada sobre la paja; luego, antes de ponerse el sol, hay que llamarlas y ponerles pequeñas cantidades de grano por el camino hacia la puerta y dentro de la cuadra. Así no dudarán en entrar. En cuatro días, ésta será su casa y volverán siempre aunque ya no les echéis nada de comer.
- Pero si no comen, no pondrán huevos, digo yo.
- Sí que pondrán huevos y nos traerán pollitos. Les sobra la comida alrededor de la casa. Comen de todo, no sólo grano.
- Pero aquí no tienen ponederos. A saber dónde ponen sus nidos…
- Dentro de su cuadra o en los alrededores, desde luego. Tenéis que bajar más paja del pajar y ponerles una capa por todo el suelo. Ellas escogerán el sitio que quieran y harán su nido con la paja. Cuando empiecen a poner, dejadles uno o dos en su nido. Luego, podéis irlos cogiendo, pero dejándoles siempre uno por lo menos para que sigan poniendo allí. Cuando vuelva, ya les haré ponederos para que sepamos dónde ir a buscar sus huevos.

A las seis de la mañana de un día de mediados de agosto, Camilo cruzaba con el carro el puente del arroyo seco, camino de Genestacio de la Vega. No quiso dilaciones y se despidió de sus hijas con un silencioso beso en la frente, y de su pequeñín, con remordimientos por lo poco que había jugado con él, siempre tan atareado como andaba.

Con el carro vacío, esta vez sí que pudo hacer el viaje en esa misma jornada: Al caer la noche entraba en Genestacio de la Vega.

Llevaba un rechuz para Samuel y una muñequita de trapo para Verónica. A Marta le llevaba una cariñosa carta que le había escrito Rufina, que él mismo le leyó, más un paquete lleno de amarguillos, una de las exquisiteces de la confitería tordesillana.

Hablaron de todo lo habido y por haber, sedientos como estaban todos de noticias: las chicas, la nueva finca, el pozo, la cosecha, etc. etc. Pero, esta vez, su mujer no quiso recriminarle por nada. Al contrario, fue ella la que le rescató del alud de preguntas infinitas.

- Padre tiene que estar agotado. Tenemos que dejarle descansar. Ya seguiremos mañana.

- Y pasado, y la semana que viene –respondió él-. Pero es cierto, me muero de sueño.

La cariñosa carta de Rufina en la que le animaba y le ofrecía su amistad, el éxito con lo del pozo, las ganas de tener de nuevo a toda la familia junta, la cosecha de la finca, tan providencial, y la cuenta de la Caja Rural con tanto dinero a su favor…, fueron desmoronando sus objeciones. También la visita a Carrizo para la toma de hábito de Mila, justo antes de irse a cosechar allá, jugó mucho a favor de aquel cambio, porque Consuelín había prometido muchas oraciones por la buena suerte de su familia en Tordesillas; y había que sumar también las de toda la comunidad, más las de don Juan, que daban por supuesto que, con el traslado y sus oraciones, cambiaría su suerte y podrían devolver pronto el préstamo que tan generosamente les había adelantado el sacerdote.

Todo parecía conspirar ahora para suavizar la resistencia natural por parte de Marta. Ella lo tenía todo allí, con un profundo arraigo en aquella tierra desde que nació: Allí cerca vivía su madre, que había enviudado y perdido una de sus piernas por un accidente sin importancia aparente, pero que se gangrenó y hubo que amputarla por encima de la rodilla. Tenía también muchas amigas y vecinas a las que se sentía tan apegada…; y su nueva casa, que tan poco había podido disfrutar; y sus tierras, tan a menudo regadas con su propio sudor…

"No, no va a resultar nada fácil", pensaba su marido mientras viajaba. Pero ahora, como por ensalmo, parecía por fin comenzar a comprender que aquel cambio de vida iba a ser lo mejor para todos; y se ahorró los negros vaticinios que había imaginado por la temeridad de su marido.

Así pues, aquella noche se produjo un milagro inesperado. Por la mañana, se encontró con una mujer muy distinta de la que temía y para la que venía preparado a discutir lo que hiciera falta. Ahora, para su gran sorpresa, parecía sinceramente interesada por la finca de Tordesillas; incluso se diría que estaba dispuesta a seguirle sin resistencia ni objeciones excesivas. Fue un gran alivio para él. "La he juzgado mal", pensaba, "es mucho más inteligente de lo que me había figurado".

Más aún, le sorprendió con una relación de posibles compradores que le habían preguntado a ella: interesados algunos por la casa y, otros más, por alguna de las parcelas que poseían.

Al contrario que en Tordesillas, en esa zona de León, mucho más poblada, las tierras estaban divididas en pequeños minifundios, procedentes de múltiples particiones entre varios herederos a través de

los años.

Camilo se dedicó a visitar a los propietarios de las parcelas colindantes a las suyas. Tenía prisa por vender, pero no quería precipitarse ni vender por debajo del precio habitual. Así que se tomó tiempo y no aceptaba ofertas por debajo de lo que él mismo había decidido.

- Para eso, prefiero arrendárselo a Indalecio o dejarlo a medias, decía. No venderé por debajo del precio justo por culpa de las prisas. Así que, tú verás si te interesa o no.

- No, hombre no, Camilo, no es eso; claro que me interesa. Es que la cosecha ha sido mala este año, ya lo sabes, y no puedo pagar lo que pides.

- No importa, págame ahora la mitad, por ejemplo, y el resto el año que viene. Tú también sabes que el dinero lo necesito para pagar todas las deudas que tenemos desde el incendio… Ojalá pudiera fiártelo todo, que sé que te lo mereces.

Era la buena técnica. Comprar una parcela colindante era una oportunidad interesante para un comprador con capacidad para ello. La opción de arrendarla con opción a compra, o dejarla a medias, tampoco era mala; pero él prefería vender ya y centrarse en Tordesillas.

Además de saldar deudas, necesitaba dinero porque sabía muy bien que, para intentar cultivar toda la finca, tendría que comprar otro carro, otro par de caballos, o mulas, o bueyes y una buena noria como la nueva de Jacinto. Y, aunque no lo había comentado aún con su mujer por no abrumarla, era consciente de que tendrían que comprar una casa en el pueblo cuanto antes: Los niños no podían hacer cada día tres kilómetros para ir a la escuela y otros tantos para volver. Podrían aguantar viviendo en la casa de campo uno o dos años, pero no más. La gran suerte que jugaba a su favor era el tener todavía un año de gracia para cultivar la finca sin tener que pagar nada y contar ya con el pozo. Por eso, no podía aplazar el cultivarla ya en su totalidad al año siguiente.

La casa de Genestacio, totalmente nueva, era una de las mejores del pueblo; la pudo vender fácilmente y a buen precio: 220.000 reales.

De las cuatro parcelas que tenían, vendió bastante bien las tres más próximas al pueblo y también la bodega. La parcela más alejada, en Villanueva de Jamuz, le costó algo más: La dejó arrendada durante un año y, pasada la cosecha, se la compró el mismo al que se la había arrendado, y por el precio que tenía decidido pedir.

Fue un gran alivio. Con lo que le dieron al contado, pudo pagar todas las deudas pendientes, incluida la dote de Camila y lo del pozo. Y les quedó algo más para afrontar sus planes inmediatos en Tordesillas.

¡Cuánto tiempo y esfuerzo les había costado llegar a tener algo de dinero ahorrado! Era una situación totalmente nueva y tan agradable… Marta, tan radicalmente opuesta inicialmente ante la aventura de su marido, se sentía feliz con la nueva. Hubiera empezado enseguida a repartir, ayudando a tantos familiares y amigos en apuros.

Contra ese impulso de generosidad, se interpuso el muro del realismo de su marido, que llevaba en la cabeza una especie de calculadora, de las que aún no se habían inventado, y no paraba de hacer cálculos: "Otro

carro nuevo, dos caballerías, la noria, arados, aperos varios, un burro para llevar y traer los niños al colegio, semillas para tanto terreno, descontar la parte que seguían requisando los de Abastos, que ya sabían del nuevo cultivo…" Total: no les sobraría ni un real. Al contrario, necesitaría una buena cosecha y ahorrar para comenzar a pagar la finca al año siguiente y para la compra de la casa en el pueblo. Casi seguro que necesitarían un préstamo, cosa que silenciaría todo el tiempo que pudiera.

- Con tanta gente como nos ha ayudado ¿No te parece una vergüenza que no les ayudemos nosotros ahora?
- Es que no podemos, Marta, no podemos. Ten en cuenta que no nos quedará dinero más que para comprar todo lo que necesitaremos para arrancar en la finca y asegurar una buena cosecha. Entonces podremos respirar.
- ¿Dónde vas a gastar todo ese dinero que hemos conseguido?
- En la finca. Necesitamos comprar… –y le recitó la larga lista de las compras necesarias, nada más llegar a Tordesillas-. Fíjate que ni siquiera tendremos casa en el pueblo. Si algo nos sobra, lo guardaremos y seguiremos ahorrando para comprar una casa en el pueblo para el invierno y que los niños puedan ir a la escuela como Dios manda.
- Pues vaya…, para ese viaje no se necesitaban tantas alforjas…
- Sí, Marta, sí. Estamos labrando un futuro mejor para nuestros hijos. Pero todos los comienzos son difíciles. Ya les ayudaremos cuando nos hayamos instalado debidamente en Tordesillas.

Y así lo fue. Cuando, dos años después de su llegada a la finca, pudieron comprar y amueblar una casa de labranza, grande y multifuncional, como convenía para una familia numerosa de labradores emprendedores, la misma casa se convirtió en posada para quienes quisieran visitarles de la familia y amigos, sobre todo durante las fiestas de La Peña, en que se llenaba a rebosar.

También, vinieron a buscar mejor fortuna a Tordesillas, tres hermanos de ella, con sus familias, y uno de él. Todos contaron siempre con la ayuda desinteresada de la familia de Marta y Camilo.

Eso ocurriría más adelante porque, en este preciso momento, tocaba el penoso trámite de las despedidas de toda la familia. Tenían prisa por hacer el viaje a la finca, volver a reunir a toda la familia y aprender a vivir con normalidad en aquellas tierras, aunque como forasteros, "los bañezos" empezaban a llamarles allí. Pero la peregrinación de despedidas sería larga e inevitable. Resultó mucho más fácil, y hasta alegre, con la familia de él; pero no lo fue tanto con la de ella.

Corrieron torrentes de lágrima entre unos y otros; y cada despedida suponía horas entre besos, abrazos, manifestaciones de buenos augurios, solicitudes de información sobre detalles de la finca, de cómo se habían quedado solas Rosalía y Victoria allí y no habían venido para despedirse, y cientos más de preguntas.

Especialmente dura fue para Marta la despedida de su madre, la abuela Valentina, que vivía en Villamontán de la Valduerna. Ya estaba decidido, desde antes del incendio, que la abuela se vendría a vivir con ellos a

Genestacio, ya que vivía sola y con las limitaciones de andar con muletas. Pero, ahora, ella pensaba que los planes aquellos se habían deshecho y no sabría con quién ir, aunque tenía siete hijos más.

- Ay, cuitada de mí –musitaba en tono quedo, entrecortado por sus sollozos.
- Se vendrá con nosotros –le repetía su hija, también entre lágrimas-: No se le ocurra preguntar a ninguno de mis hermanos. Todos lo habíamos arreglado así, para que usted se viniera con nosotros. Vendremos a buscarla, en cuanto nos instalemos allí, vendremos a buscarla, nosotros ¿está claro?.
- Sí, sí, -respondía ella sin poder controlar su llanto-; pero es que allí tan lejos…
- Qué más da unas leguas más o menos. Usted se vendrá a vivir con nosotros ¡no faltaría más!, ¿verdad Camilo? –se volvió buscando apoyo.
- Claro que sí –confirmó él-. Tordesillas es mucho mayor que Villamontán o Genestacio; es partido judicial como La Bañeza. Allí hay medico fijo y practicante, que siempre estarán a mano en caso necesario. Allí estará mucho mejor que aquí.
- ¿Vendréis a verme alguna vez antes de eso? –preguntó algo más calmada por lo que decía Camilo,; pero es que lo del traslado lo veía como algo tremendamente lejano.
- Claro que sí -se adelantó su yerno-. Tenemos que hacer un par de viajes más por lo menos entre aquí y allá. Nos tocará llevar todo lo que nos guardará el nuevo dueño de la casa en Genestacio…
- ¡Cuánto os voy a echar de menos!...; ¡y a mis nietos! –y rompió a llorar amargamente de nuevo, abrazando a Samuel y a Verónica- ¿Y Lía y Tori y Pedrín, cuándo podré volverles a ver?
- Pronto, en el próximo viaje que hagamos, quizás antes de un mes. Ellas también están deseando venir a verla y me dieron mucho besos para usted –trataba él de dulcificar el trance.

El resto del día lo pasaron con ella, alternándose los ratos en que se sentía más tranquila y hasta se interesaba por la finca y el pueblo de Tordesillas, con otros en los que volvían los llantos y la necesidad de abrazar y besar a sus nietos. Pero, poco a poco, también ella se fue calmando y, ya casi de noche, se despidieron sin tanta amargura, gracias a que Marta disimuló bien su propia pena y a la reiterada promesa de su yerno de venir y llevarla pronto con ellos.

Terminaron de vender lo que les quedaba de la cosecha y se dispusieron a cargar el carro, una vez más, incluyendo camas desmontadas, sillas, cacharros y los enseres más apreciados.

Finalmente, a primeros de octubre, volvió a salir el carro, tirado por los dos caballos y la mula atada al carro por detrás; era un animal ya mayor, pero que todavía era aprovechable para aricar, arrastrar un trillo, llevar el carro y, sobre todo, para hacer rodar por el suelo a casi todos los que se atrevieran a montarla.

Durante el camino, Camilo le explicó a su mujer detalles sobre cómo podían instalarse en la casa de la finca y pasar allí el invierno. Para tantos como eran, tendrían que aprovechar cada rincón:

- En la habitación de matrimonio dormirá Pedrín con nosotros. En la otra podrán dormir Lía y Tori en una cama y Samu y Vero en la otra. En caso necesario se puede
construir un cuarto pequeño en la cocina, debajo de la escalera. Incluso podría servir para tu madre si fuera necesario traerla este mismo año.
- ¿Habrá mucho frío en invierno?
- Supongo que como aquí, más o menos.
- Entonces necesitaremos mucha leña para cocinar y mantener la casa caliente. ¿Hay allí dónde cortar leña como aquí?
- No. Allí muchos tienen su propio pinar y sacan toda la leña que necesitan de la poda de los pinos y también la madera para construir. Una de las primeras cosas que tendremos que hacer es comprar un pinar.
- ¿Hay pinares cerca?
- No. Están por el otro lado del pueblo; pero cerca de la casa, tenemos la Almendrera, donde están ahora las chicas. Allí hay muchos almendros secos por la falta de lluvia. Pienso pedir permiso a Nemesio para cortarlos y usarlos como leña para la chimenea.
- Mientras tengamos bastante…
- Para este invierno sí. No creo que nos ponga ningún inconveniente. Pero tenemos que comprar un pinar. Los hay a buen precio.
- Hombre, si hay tanta leña en la Almendrera…
- La Almendrera es un coto de caza y Nemesio no es el propietario. Si vienen los amos, puede que no les guste que saquemos la leña de allí; pero no pasarán por allí hasta el verano como muy pronto. Así que nos bastará el permiso de Nemesio este invierno: Él es el casero y el responsable. Después, ya tendremos nuestro pinar.
- ¡Cuántas cosas todavía para comprar! –dijo Marta suspirando.
- Sí, pero tendremos un patrimonio muchísimo mayor que lo que teníamos en Genestacio.
- Ojalá que la avaricia no nos rompa el saco.
- No. Seguro que no. Tú misma te darás cuenta al verlo.
- ¡Ay, Dios mío! –suspiró; y callaron ambos, cada uno ensimismado en sus propias cavilaciones.

Mientras, allá atrás en un rincón del carro, Samuel y Verónica jugaban o se peleaban, según les cuadrara. Apostaban ahora a ver quién sería capaz de seguir el viaje encima de la mula; pero sus padres, que se enteraron desde delante, se asustaron y se lo prohibieron terminantemente.

Pasaron la noche en Mota del Marqués, en la misma fonda que en el viaje anterior con las chicas y Pedrín. Era a su pequeñín a quien su madre más echaba en falta y le añoraba una barbaridad.

A la mañana siguiente, a medida que se iban acercando a Tordesillas, se hacía evidente que había llovido por allí ¡por fin!, y no poco.

- Esta agua será una bendición –calculaba él en voz alta-. Así, podremos empezar pronto a roturar con la tierra bien húmeda.
- No habrá goteras en la casa ¿verdad?
- No lo sé. Con tantos años de sequía no las ha podido haber; pero no sé cómo está el tejado. Antes del invierno habrá que revisarlo y repararlo, si hace falta.

- Es como empezar todo de nuevo -murmuró Marta como para sí misma.
- Sí, pero sin el peso de las deudas que nos ahogaban y no nos dejaban dormir.
- Eso sí que sí. Mientras podamos pagar la finca que has comprado…
- Todavía tenemos un año de balde ¿te das cuenta? Eso nos dejará respirar. Además, con el pozo ya podemos contar con cosechas seguras.
- Que Dios lo quiera así. No soportaría volver a estar endeudados, nunca más.
- ¡Nunca? –contestó él en un tono ambiguo que quiso que sonara tranquilizador para ella; porque él sabía que volverían a endeudarse, en mayor o menor medida-: el pinar, también un majuelo, se dio cuenta ahora del majuelo; más animales, la noria, aperos de todo tipo, otra casa en el pueblo…, pero no quiso sacarla de su ensimismamiento en ni asustarla más.

A mediodía, cruzaban el puente de la cañada que daba al camino de la casa, en el mismo momento en que Rosalía y Victoria les dieron alcance: Llegaban corriendo desde la Almendrera. Cada día, habían estado mirando desde allá arriba hasta que, al fin, les vieron llegar a lo lejos por la carretera de La Peña.

Volvieron los sollozos de la madre, como dos días antes por las despedidas. Pero ¡qué diferentes estas lágrimas de ahora!, tan llenas de alegría y felicidad por la ilusión de tener de nuevo a toda la familia junta.

- ¿Y Pedrín? – rompió de repente su madre el encantamiento.
- Se ha quedado con Juliana en la Almendrera. No podía correr tanto como nosotras, y no nos podíamos aguantar. Ya corro yo a buscarle –dijo Rosalía.
- Y yo voy a enseñarles el pozo a Samu y a Vero –añadió Victoria, como si eso fuera mucho más importante que la misma casa.
- Vamos dentro, Marta; deja que te enseñe la casa y podamos organizarla a tu gusto –le dijo su marido.
- Pero ¿y Pedrín?, ¿cuánto tardará Lía en traerlo?
- Una media hora. Mientras, podemos ver la casa y empezar a descargar las cosas del carro.

Entraron, no sin que ella echara antes otra fugaz mirada a la carrera de Rosalía que ya comenzaba a subir la pendiente de la Almendrera.

- Aquí hay goteras, y aquí; y aquí…
- Ya lo veo, ya. Con tanta sequía ni se me había ocurrido que esto pudiera pasar. Tendré que subir al tejado y retejar lo que haga falta. Es normal, con tanto tiempo deshabitada…; pero es que no hemos tenido ni un minuto para detalles como éste.
- ¿Detalle, dices? Éste es un problemón y bien gordo. Imagina que vuelve a ponerse a llover mañana: Las goteras pueden hacer mucho daño a la casa y a lo que haya dentro.
- Coño, Marta, eso ya lo sé; ya te digo que subiré a arreglarlo. Y ahora, con todos aquí y sin tantas prisas por el trabajo, es el momento de arreglarlo rápidamente; pero para subir tendré que hacer una escalera suficientemente alta. Mañana iré al Perú; allí hay una alameda y escogeré

los palos necesarios para hacerla.
- No me gustaría meter los muebles y que venga una tormenta y les caigan goteras encima…
- Peor será dejarlos en el carro, ¿no te parece? Precisamente, la marca de las goteras nos indicará dónde no hay que ponerlos, digo yo.
- Tienes razón. Bueno, voy a ver si regresa ya Lía –dijo después de haber visto rápidamente los dos pisos de la casa, ansiosa de tener en brazos a su chiquitín.

Les vio correr atravesando la cañada y ella también echó a correr hacia el puente. Allí lo agarró, levantó, lo estrujó, lo beso, con nuevas lágrimas de felicidad.
- ¡Qué grande estás, hijo mío! Hay que ver cómo ha crecido este rapaz.

- Sí. Es que come muy bien; y está muy espabilado: quiere aprender de todo y ayudarnos…, hasta se ha subido al trillo y arreaba al caballo: Es riquísimo.
- Virgen santísima. ¡Qué ganas tenía de volverte a ver! Los días me parecían siglos, todo este tiempo que me lo habéis tenido aquí.
- Es mamá, Pedrín, es mamá…, la mamá de verdad -le decía Rosalía, porque él la había estado llamado a ella con ese título todo aquel tiempo.
- Maa...má –balbució él algo confundido.
- Sí, es tu mamá y mi mamá y la de Tori y la mamá de todos.
- Ahora sí que sí; ya volvemos a estar todos juntos. ¡Gracias, Dios mío! –y volvió radiante con él en brazos y Rosalía a su lado, que había dado un buen estirón durante su separación y era ya bastante más alta que su madre.

Rosalía había traído en una cesta, como obsequio de bienvenida de parte de Nemesio y Juliana: una hermosa lechuga, tomates y una cazuela de barro con un riquísimo guiso de conejo con patatas y pimientos, aromatizado todo con el tomillo que abundaba por la Almendrera.

Bajaron las sillas que necesitaban del carro: mientras tanto, Camilo ya había desenganchado y atado en la primera cuadra a los animales en sus pesebres, con una buena ración de alfalfa, y regresaba ahora con dos calderos de agua del pozo para darles de beber. Con él volvían también Victoria y sus hermanos que habían estado allí embobados, inclinados sobre el brocal, mirándose en el espejo del agua y apostando sobre los metros de profundidad que tendría.

Al ver a su hermanito, se colgaron de su madre y se lo bajaron de los brazos para abrazarlo y empezar a jugar con él.

Comieron lo que les habían regalado los vecinos y estuvieron un par de horas contándose cada uno sus aventuras. Al final, fue Camilo el que les devolvió a la realidad
- ¿Sabes Marta?, he pensado que, en vez de mañana, iré esta misma tarde a la alameda a buscar lo necesario para hacer la escalera y mirar el tejado. Me ayudará Tori. Tú, con Lía y Samu, podéis empezar a bajar las cosas del carro y organizar la casa.
- Me parece bien; porque lo de las goteras sí que me preocupa mucho.
- Y éste es el momento de hacerlo, porque lo de roturar puede esperar;

pero no podemos correr riesgos con la lluvia que después de tanta sequía suele venir hasta en demasía.

- Nosotros ya nos arreglaremos. Tú Vero, cuida y juega con Pedrín, mientras nosotras y Samu vamos descargando el carro.

Era un alivio, pensaba mientras enganchaba la mula al carro, dejando descansar a los caballos. Con todos juntos y trabajando organizadamente, la casa comenzaría pronto a resultar un lugar agradable para vivir.

Dos horas más tarde, regresaron con dos troncos de chopos jóvenes, altos y delgados, que sobresalían casi dos metros por delante de la cabeza de la mula y que arrastraban por detrás, levantando un reguero de polvo del suelo. Con ellos, se puso enseguida a improvisar una escalera que le permitiera subir hasta el tejado. Sabía que no era la mejor madera y que debería dejarla secar antes de usarla; pero eso era lo que había y no podía esperar.

Bajó del carro una gran caja de madera, donde guardaba sus herramientas, y empezó a igualar con una azuela la parte más gruesa de los dos troncos. Luego, sacó un enorme berbiquí de mano y gran diámetro y fue haciendo orificios simétricos en los dos largueros. Luego fue aguzando las putas de los palos que había traído para los peldaños y los fue ensartando a martillazos en su sitio. Al caer la tarde, ya tenía prácticamente terminada la escalera que llegaba un poco por encima del alero. Con ella, podría subir al tejado a la mañana siguiente. Pero no supo esperar para probarla. Como la madera estaba totalmente verde y muy flexible, situó la escalera muy vertical para que no cimbreara demasiado bajo su peso.

- ¿Qué haces ahí arriba, sin que nadie te sujete la escalera? –le gritó asustada su mujer al verle allá arriba.
- El tonto, ya lo ves. Por poco no me estampo y me rompo la crisma. A ver si podéis ayudarme a enderezar esta escalera.

Habían llegado a tiempo. Camilo, con la nariz a la altura del tejado, se había agarrado con ambas manos como tenazas a dos vigas del alero, tratando de enderezar la escalera que se había inclinado hacia la izquierda. No era fácil, porque tendía a inclinarse todavía más cuando él se movía. Su situación allá arriba hubiera parecido cómica, si no fuera por lo peligrosa que realmente era, sin poder él ni soltar las vigas ni subir ni bajar.

Entre todos, empujando contra el larguero de la izquierda y con la fuerza que él hacía contra las vigas, mientras daba pequeños saltitos sobre el peldaño, consiguieron enderezarla y pudo él bajar. Juraba, rojo de rabia.

- ¿Dónde diablos estabais todos?
- En el pozo. Habíamos ido a por agua –contestó su mujer.
- ¡Todos! Ya os podía yo llamar ya, para que alguien me sujetara la escalera.
- Habernos esperado antes de subir. Sabes perfectamente que esa escalera de madera verde no es segura, y menos tan alta.
- Sólo quería probar si podía aguantar mi peso.
- Y parece que sí; pero si te llegas a caer de allá arriba te hubieras

podido matar.
- Ya lo sé, ya. No pensaba subir tan alto; pero como resistía bien, me animé para echar un vistazo. Fue sólo al final que se escurrió hacia un lado.
- Pues gracias a Dios, que si no…
- Gracias a Dios y a vosotros. Estaba asustado y no sé si hubiera conseguido enderezarla… ¿Qué te ha parecido el pozo? –quiso él cambiar el tema porque reconocía su inconsciencia.
- Es una preciosidad.
- Sí, ha sido una gran suerte, por el sitio donde está y por lo mucho que mana.
- ¿Cómo puedes tú saber lo que mana?
- Porque los poceros dijeron que está en la misma veta que la de Felipe y que manaría tanto como el suyo.
- Y es estupendo tener el agua tan cerca de casa.
- Sí. Se podía haber hecho en otros puntos de la finca; pero, tanto a los poceros como a mí, ése nos pareció el mejor sitio posible.
- Pues sí que lo es, sí señor; yo también creo.
- ¿Ya has podido visitar toda la finca?
- Sólo he podido mirarla desde el pozo, según me iba explicando Lía sus lindes.
- ¿Y qué te parece?
- Enorme, estupenda. Esta vez creo que has acertado con la compra.

No respondió, pero se sintió sinceramente halagado: Conocía mucho más a su mujer por discutir con ella que de recibir cualquier reconocimiento de su parte. Así que volvió a la escalera, para ver el punto débil por donde cedió y tratar de repararlo.

Mientras, Marta y las mayores, entraron a la cocina para organizar la despensa y preparar algo para la cena. Sólo Samuel, Verónica y Pedrín se quedaron admirando la escalera: ¡Qué larga era…!

Cuando entró en la cocina, su mujer le pidió que subiera a asegurar bien las camas, porque las habían montado provisionalmente y sin herramientas. Faltaron unos cuantos clavos bien puestos y lo dio por bueno: Por fin podrían dormir ya todos juntos por primera vez en aquella casa.

Se sentaron todos juntos en una alegre cena, tanto por el hecho del placer de estar juntos como por las bromas que todos rieron sobre el incidente de la escalera, con su padre colgado allá arriba como un mono, comentaban sus hijos, mientras él reía también y exageraba por igual el enorme peligro que había corrido como lo ridículo que se sentía allí medio colgado, sin poder subir ni bajar ni moverse siquiera para no inclinar aún más la escalera y caer como un saco de patatas.

Terminada la cena, todos parecían muertos de sueño pero sin ganas de irse a la cama, con tantas cosas que contarse entre todos y las ganas de pasarlo bien nuevamente juntos.

- Mañana tenemos muchas cosas que hacer –fue Marta esta vez la que sugirió ir a descansar.
- Muchas. Yo subiré al tejado, con todos vosotros sujetando la escalera,

¿eh? y arreglaré todo lo que pueda; si hay tejas rotas, me iré a comprarlas a Tordesillas.

- Y las chicas y yo seguiremos organizando la casa y probaremos el horno, que pronto tendremos que hacer pan.
- También nos gustaría llevarla a la Almendrera y presentarle a Nemesi